

6.000

10 (965-44)

Gonzalo Vial Correa

**Decadencia y Ruina
de los Aztecas**

EDICIONES

historia

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

ubicación 10 (965-44)

Año _____

SYS #00237

BIBLIOTECA NACIONAL



1075916

BIBLIOTECA NACIONAL
REGIONAL

DECADENCIA Y RUINA DE LOS AZTECAS

*“En tanto que el mundo
exista, jamás deberán
olvidarse la gloria y el
honor de México-Tenochtitlán”*

CHIMALPAHIN

QUAUHTLEHUANITZIN

*“Permanezca, pues, el nombre y memoria
de quien conquistó tanta tierra, convirtió
tantas personas, derribó tantos dioses, im-
pidió tanto sacrificio y comida de hombres”.*

LOPEZ DE GOMARA.

1.— UN ENIGMA HISTORICO.

Rápido ascenso, caída vertiginosa: esta es la historia de la cultura azteca¹.

Mediando el siglo XIV, los mexicas de Tenochtitlán eran una tribuna pequeña y rústica sometida a los tepanecas de Azcapotzalco. Habitaban un diminuto archipiélago semiartificial en la laguna de Tezcoco. Y ni siquiera tan exiguo terreno les pertenecía por entero: debían compartirlo con Tlatelolco, una ciudad rival. Subsistían comerciando con los ribeños en productos del lago: peces, aves acuáticas y aún sabandijas...

Ciento cincuenta años después... ¡qué transformación!

¹Por “cultura” y “civilización”, términos que en este ensayo se usan indistintamente, entendemos sólo el conjunto de formas de vida, materiales y espirituales, que caracterizan a un pueblo dado durante un determinado momento histórico. En la especie, a los aztecas al comenzar el siglo XVI.



p. 6000

OC 13312

F. Lom...

Los aztecas son los dueños del Valle del México. Han arrasado el poderío de Azcapotzalco. Tlatelolco es ahora un simple barrio de Tenochtitlán. Tezcoco, la ciudad del rey-poeta Netzahualcoyotl, también ha doblegado la cerviz ante los mexicas. Las armas de éstos llegan hasta el Golfo y hasta el Pacífico; hasta América Central y hasta la misteriosa “tierra caliente” del Pánuco.

De todos los rincones del Imperio, afluyen a Tenochtitlán los tributos de los vencidos. Oro, telas y ropas de algodón o fibra de áloe, calzado, jade, turquesa, ámbar, cristal, armas, joyas, caucho, papel, plumas de aves tropicales, maíz, cacao, miel de magüey o de tuna, tabaco, vasijas, maderas, muebles... son el precio de la paz con la Ciudad del Lago y sepultan a ésta, valga la expresión, bajo un alud de riquezas.

Tal embriaguez repentina de poderío y opulencia engendró una próspera civilización material y dio alas a una brillante cultura.

La primera se reflejaba especialmente en la capital mexicana.

Al comenzar el siglo XVI trescientas mil, y quizás más, personas la habitaban. Sus edificios, pintados de rojo mate o blanco brillante, y rodeados de floridos jardines, relucían como joyas en las aguas del lago. Por sobre éstas, tres calzadas —que servían a la vez de dique contra las inundaciones— unían Tenochtitlán con la tierra firme. Eran tan largas, que una medía ocho kilómetros; tan llanas como la palma de la mano; tan rectas como una lanza y tan anchas, que solían caber por ellas ocho jinetes de frente. Amén de las calzadas, dos ingeniosos acueductos atravesaban el lago y abastecían de agua dulce, traída desde la ribera, a la capital mexicana.

Dentro de ella, la actividad era desbordante. Un comercio activísimo tenía su centro en la plaza de Tlatelolco. Millares de canoas lo alimentaban, entrando a la ciudad por canales paralelos a las calles. Los días de feria se reunían de veintinco a cincuenta mil personas en la plaza mencionada, a disputarse los productos de todo el mundo conocido, que allí se desplegaban con orden perfecto, disciplina rigurosa y ejemplar limpieza.

Junto al centro comercial, el cortesano y religioso: la gran plaza (el Zócalo de la moderna Ciudad de México). Aquí se levantaban los templos y palacios, orgullo de la arquitectura azteca.

Entre los primeros, destacaba el adoratorio común de Huitzilopochtli —el guerrero ‘dios-colibrí’— y Tlaloc, la divinidad agrícola, con sus capillas gemelas y sus ciento y tanto escalones de acceso. Otro templo famoso era el dedicado a Quetzalcoátl (“serpiente empu-

mada”), edificio circular, cuya puerta semejaba las fauces abiertas de un inmenso reptil.

Al esplendor sagrado de los templos, se oponía en la gran plaza el esplendor profano de los palacios: el que levantara Axayacátl, por ejemplo, o el que habitaba su hijo y emperador a la sazón reinante, Moctezuma II.

Los atónitos españoles recorrerían después estos edificios legendarios, que cubrían miles de metros cuadrados (el construido por Moctezuma II, v.gr., cuatro hectáreas). Verían centenares de aposentos: los del emperador, su familia y sus concubinas; los destinados a orfebres, lapidarios, músicos y artistas de la pluma. Verían salas de tribunales, escondites de tesoros e inmensas cocinas, en las que se aderezaban suculencias de los cuatro puntos cardinales, carne humana inclusive. Verían decorados de lujo extraordinario; verían deleitosos jardines con estanques, juegos de agua y, labradas en oro y plata, perfectísimas figuras de aves y animales. Volverían a hallar la misma fauna, pero viva, en los imperiales parques zoológicos, mezclada a los enanos, albinos y corcovados que hacían las delicias de la corte...

¡Hermoso y trágico lugar, aquella gran plaza!

En ella, hora a hora, se sucedían los espectáculos: ejércitos desfilando; el paso del emperador y de su séquito; el ir y venir de la burocracia en los palacios; los multitudinarios bailes sacros y el interminable ascender de las víctimas, por las empinadas escaleras de los templos, hacia la tortura y la muerte...

Pero los aztecas no fueron sólo guerreros victoriosos, avezados comerciantes y notables urbanistas y arquitectos. No descollaron únicamente en estas disciplinas, y en las artes de la pintura de códices; la orfebrería; la escultura; el tallado de piedras preciosas y los mosaicos de plumas, artes con que alegrarían el corazón de Durero (1 bis). Además, rayaban a considerable nivel en escritura, matemática y astronomía (si bien sus conocimientos en tales ciencias no eran originales)

¹bis “Vi también las cosas que llevaron de la tierra del oro al rey: un sol todo de oro, de un ancho de una braza; también una luna de plata, de igual tamaño; diversas curiosidades de sus armaduras y proyectiles; trajes muy extraños; ropa de cama y toda clase de cosas raras para uso humano. Es una maravilla ver lo hermoso que es todo esto. En mi vida he visto algo que tanto haya alegrado mi corazón, como esas cosas. Vi entre ellas asombrosos objetos de arte y me admiré del sutil ingenio de la gente de esas remotas tierras. En realidad, no puedo decir bastante sobre las cosas que tuve allá delante de mí”.

(Durero, *Diario del Viaje a los Países Bajos*, cit. por Westheim, Paul: *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México*, p. 8.)

y su lengua, el náhuatl, había alcanzado precisión y belleza, permitiendo un florecimiento poético sin rival en la América India:

“Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar
No es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la tierra:
somos como hierba primaveral.
Viene, está rozagante, echa brotes nuestro corazón,
abre algunas corolas la flor de nuestro cuerpo,
y ya se marchita”².

Así una mañana cualquiera de 1519 Moctezuma II “Xocoyotzin” (“el joven”) pudo, desde su lujoso palacio, contemplar el inmenso imperio que le pertenecía; los victoriosos ejércitos que le prestaban obediencia; las frentes humilladas de sus enemigos; la gran ciudad, bullente de vida y de riquezas y el brillo de la cultura azteca, con sus sacerdotes, matemáticos, astrónomos, arquitectos, escultores, pintores, orfebres, lapidarios, plumistas y poetas . . .

¡Visión grandiosa . . . pero efímera! Menos de dos años después, Moctezuma II había muerto y su sobrino y sucesor, Cuauhtémoc, era un inerme prisionero; de la Ciudad del Lago sólo quedaban ruinas; la civilización azteca estaba en proceso de rápida extinción y el orgulloso pueblo mexica había pasado de vencedor a vencido, de dominante a dominado.

Todo ello, la obra de un puñado de extranjeros.

Como tan pocos hombres, en tan corto tiempo, pudieron aniquilar imperio tan rico y tan poderoso, es uno de los misterios mayores, si no el mayor, de la historia americana. Las páginas siguientes quieren analizarlo y contribuir a buscar su solución.

2.— LAS PRESUNTAS CAUSAS.

A) *La guerra de Cuauhtémoc y la guerra de Cortés*

Los historiadores han propuesto algunas salidas posibles al misterio.

Es común, desde luego, la que relaciona el rápido colapso azteca con la superioridad militar de sus enemigos.

²Cit. por Sejourné, Laurette: *Pensamiento y Religión en México Antiguo*, II, p. 74.

Tal superioridad operaba en dos distintos órdenes: en los medios físicos de combate y en la táctica militar.

La ventaja *física* provenía de elementos bélicos españoles que el azteca desconocía: principalmente el caballo —originario de América, pero ausente de ella desde tiempos prehistóricos— y las armas de fuego³.

La superioridad *táctica* derivaba de que el español era un soldado incomparable, adiestrado en los ocho siglos de la reconquista y que, a mayor abundamiento, aplicaba la estrategia europea, distinta de la indígena y superior a ella.

Las esbozadas ventajas hispanas sin duda existieron. Pero, miradas con detenimiento, aparecen sin el carácter aplastante que se les suele atribuir. Y, desde otro ángulo, ellas están contrapesadas por inferioridades, asimismo muy reales, del español comparado con el indio.

I) Tomemos, primeramente, las armas de fuego.

Recordemos que nos hallamos a comienzos del siglo XVI, vale decir, en la infancia de estas máquinas de muerte.

Entre las manuales, la escopeta tiene apenas medio siglo de uso. El arcabuz es aún más reciente, contemporáneo de la conquista de América.

En cuanto a la artillería, también está en pañales: solo a fines del siglo XV, el cañón propiamente dicho ha reemplazado a la antigua “bombarda”, más terrorífica que útil.

Las armas de fuego eran, por consiguiente, novedades y, como

³Soustelle (*La Vida Cotidiana de los Aztecas*. VI, p. 214) añade los *bergantines*, pequeños barcos a vela hispanos. A ello, cabe observar: a) Los españoles ya poseían dos bergatines (cuatro según Antonio de Herrera, *Historia General* . . ., V. III, Década IIa, L.X.C. VII, pp. 339 y ss.) al producirse el alzamiento que culminó con la “Noche Triste”. No impidieron éstos la derrota, y fueron quemados por los mexicas. b) El bergantín servía para el bloqueo, y para proteger a los conquistadores cuando luchaban sobre las calzadas: al adentrarse los españoles en la ciudad, el navío dejaba de ser útil. Su calado, y estacas que los mexicas clavaban en el fondo de la laguna, no le permitían avanzar. c) La gran ventaja del bergantín, residía en sus cañones y arcabuces. O sea, la importancia del bergantín era la importancia del arma de fuego, que el texto analizada.

Otros autores agregan a las superioridades hispanas el empleo de perros de presa.

No creemos que en la conquista de México este animal haya tenido mayor trascendencia. Y si la tuvo fue —como veremos— más bien psicológica que militar. Por otra parte, Bernal Díaz parece indicar que *sólo un perro de presa* participaba en la expedición a Tenochtitlán (LXI, LXVI). En adelante citaremos a Bernal señalando entre paréntesis el capítulo de su obra.

tales, lentas y complicadas de operar: de un disparo a otro corría considerable tiempo.

El arcabuz, por ejemplo, exigía no menos de siete movimientos sucesivos para disparar un tiro. A saber: cargar el arma de pólvora; colocar los proyectiles; introducir el taco y comprimirlo contra las balas, por medio de una baqueta; arreglar la mecha, quitándole la ceniza y dándole la longitud suficiente; encender la mecha con el pedernal y, finalmente, apretar el gatillo. El equipo de un arcabucero comprendía cinco o seis objetos distintos, sin contar las balas ni el arma misma.

Si así era el arcabuz... ¿Cómo sería la escopeta, más antigua, más pesada y de encendido más difícil que aquél?

Un cuadro parecido presenta la artillería. Las piezas "de posición" son tan pesadas que, durante el curso de una guerra, ocupan el mismo emplazamiento, cambiando de dueño una y otra vez junto con el terreno donde se hallan. En América, las usan muy poco: al menos una fue capturada por los mexicas debido a esta dificultad de translación. Pero se emplean los llamados "falconetes".

El "falconete" parece haber sido apenas algo más que un arma de fuego manual, montada sobre ruedas; no propiamente un cañón, en el sentido moderno de la palabra. Varios hechos confirman este aserto. Así, sabemos que el "falconete" fue abandonado por los ejércitos europeos, cuando apareció el arcabuz: algunos autores de esa época, hasta confunden un arma con la otra. Sabemos también que un cañón pesaba doce veces lo que un "falconete" y disparaba, en cada tiro, sesenta veces más proyectiles. Por último, tenemos que la artillería contemporánea no conoce ejemplares tan livianos como el "falconete".

La verdad —según veremos luego— es que las armas de fuego, para la conquista de América, tuvieron más trascendencia psicológica que estrictamente militar. Hasta el punto que, aún avanzado el siglo XVI, muchos conquistadores preferían la ballesta —flecha y arco perfeccionados— al arcabuz, o todavía con mayor razón a la escopeta. Lo que perdían en poder destructivo, lo ganaban en comodidad y frecuencia de tiro⁴.

Por otra parte... ¿se ha reflexionado sobre *cuántas* armas de fuego había en el ejército de Hernán Cortés?

⁴Así, lo consigna George Millar, en su amena y verídica fantasía histórica *Orellana descubre el Amazona*. Ver, por ejemplo, 6, pp. 86 y 91-92.

Eran poquísimas.

Al desembarcar contaba, aproximadamente, una decena de cañones y “falconetes” e igual número de escopetas. Cuando incorporó a sus huestes las que traía Pánfilo Narvaez, o sea, en el cenit de su poderío militar, juntaba una artillería de veinte a veinticinco piezas y un centenar de escopetas y arcabuces. Estos últimos eran sólo trece⁵, mas todas tales armas, manuales y artillería, se perdieron con la “noche triste” (y si alguna quedó no podía usarse: no había un grano de pólvora). Finalmente, al iniciarse el asedio a Tenochtitlán, los españoles reunieron docena y media de cañones y “falconetes” y hasta cincuenta arcabuces y escopetas⁶.

Tan exiguas cifras confirman que el arma de fuego no pudo tener, en el desastre mexicana, el rol estelar que se le quiere atribuir.

¿No parece sugestivo que Cortés sufriese su única derrota a mano de los aztecas, precisamente cuando reunía más armas de fuego?

Y apenas así derrotados... ¿no vencieron los españoles —malheridos y bajo el peso de la fatiga y de la desmoralización— a los mexicas en Otumba, cuando los conquistadores *no podían disparar un tiro* por falta de armas y de pólvora?

Concluamos recordando —para reforzar las anotaciones anteriores— que los españoles, especialmente después de la “Noche Triste”, sufrieron una grave escasez de pólvora. El asalto final a Tenochtitlán se inició con diez quintales (unos cuatrocientos cincuenta kilos) de tan indispensable elemento. Se apreciará la insuficiencia de semejante provisión si anotamos que, con cinco tiros de “falconete”, v.gr., se iba un kilo de pólvora. Al terminar el sitio, ésta se hallaba prácticamente agotada.

⁵Cortés, *Cartas*, IIa. p. 110. Por primera vez, distingue aquí entre *escopetas* y *arbacuces*. ¿Traería Narvaez estos últimos? López de Gómara dice que los trece eran “falconetes” (*Historia de las Indias*, parte IIa., p. 192).

⁶Probablemente menos. La cifra pertenece a Bernal Díaz (CXLVIII) que supone *doce* ballesteros y escopeteros por bergantín. Pero Cortés (*Cartas...*, IIIa., pp. 179 y 181) rebaja el total de balleteros y escopeteros a 118 y dice iban sólo *seis* por nave. La proporción entre ballestas y escopetas, debe haber sido como tres es a uno: así se infiere de Cortés, op. cit., loc. cit., p. 180.

Don Hernán, Jefe de la expedición, por cierto conocía mejor tales datos que el simple soldado Bernal. Además, Cortés escribía apenas sucedidos los hechos y Díaz varios lustros después. Por ende, es más fidedigno en esto el futuro marqués que su cronista. Ello rebajaría las escopetas españolas a unas treinta. Pese a lo anterior, tomamos la cifra de Bernal para extremar el argumento. Cuando hablamos de “escopetas” o “escopeteros” aludimos, respectivamente, a toda clase de armas manuales de fuego y a sus portadores.

II) Vamos ahora al caballo.

Su importancia para la gesta cortesiana es innegable. Hay al respecto numerosos testimonios de conquistadores, incluso del futuro Marqués: "Porque no teníamos —dice— después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos"⁷.

Pero tampoco es lógico suponer que fue el caballo el vencedor de los aztecas. Desde luego, éstos tenían contra él recursos muy efectivos. Ya en los primeros encuentros con los Tlaxcaltecas, un jinete hispano —Pedro de Morón— vio degollada su cabalgadura, de un solo tajo, por la formidable espada indígena: un montante de madera, cuya longitud sobrepasaba el metro. Llevaba incrustadas afiladísimas cuchillas de obsidiana.

Otros indios mexicanos, los chinantecas, asaltaban el caballo con largas picas, que remataban en una doble punta de obsidiana. Tan eficaces, que Cortés las copió y empleó exitosamente en su ataque a Narváez. Confiado en las picas indias, don Hernán prescindió aquí de su propia caballería.

Cuauhtémoc usó lanzas semejantes contra la caballería hispana, durante el cerco de Tenochtitlán. Pero éstas llevaban, como puntas, hojas de espadas capturadas a los propios conquistadores.

No es ocioso indicar que el empleo de lanzas largas, para detener al caballo, no era muy conocido en Europa hasta que el indígena americano demostró sus posibilidades. Desde entonces se popularizó, consagrándose plenamente a fines del siglo XVIII, cuando las picas suizas derrotaron a la caballería borgoñona, la mejor del Viejo Continente.

Volviendo al Nuevo, hallamos que las crónicas de la conquista narran otras varias argucias con que el indio recibió al caballo español. Por ejemplo, las trampas ocultas; los mazazos a la cabeza del animal, seguidos por un intento de desmontar al jinete, etc.

Además, igual que las armas de fuego, los caballos, carísimos, eran muy escasos en las tropas cortesianas. Comenzaron la conquista con dieciséis o diecisiete; alcanzaron a juntar poco menos de cien, al rendírseles Narvaez; bajaron a unos veinticinco en la "Noche Triste" y no llegaban a noventa, los que entraron al cerco final de Tenochtitlán.

Tan contados eran, que Bernal Díaz del Castillo los evoca uno

⁷Cortés, *Cartas*, IIa., p. 120.

a uno, por sus apariencias y cualidades, en una de las más hermosas páginas de la *Verdadera Historia*.

“...una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera... un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto... un caballo overo algo sobre morcillo, no salió bueno...” (XXIII).

Aquí lo ya dicho a propósito de las armas de fuego; ¿no es decidor que los aztecas hayan vencido a Cortés, por primera y última vez, precisamente cuando disponía de más caballos?

Armas de fuego y caballos, en realidad, juegan en la conquista papeles similares: son importantes, pero no decisivos. Y la trascendencia de ambos es más psicológica que bélica.

III) Abordaremos en seguida la superioridad táctica española.

Dijimos que el español era un soldado temible, de excepcionales reciedumbre física y coraje moral y para quien el combate era como el aire que respiraba. También dijimos que utilizaba la estrategia renacentista, obra maestra del ingenio humano aplicado a la guerra.

Todas estas, sin duda, son asimismo ventajas.

Pero el mexica, en valentía, vigor físico y hábito de guerra, andaba muy cerca o a la par de su enemigo.

No olvidemos que, con medios exclusivamente bélicos, los aztecas habían levantado un inmenso imperio y mantenían subyugada infinitud de pueblos. No olvidemos que la guerra, para el azteca, no era sólo —como para el español— *importante*: era *todo*. Era el fundamento de la religión, de la economía y de la estructura social.

En cuanto a estrategia militar, Soustelle⁸ ha anotado que la guerra fue concepto muy diverso en aztecas y conquistadores. Los primeros perseguían sólo que el enemigo se obligase a proporcionarles, periódicamente, tributos y víctimas para los sacrificios humanos. Aún, preferían dejarle cierta autonomía, pues ella era fuente de nuevos conflictos, que encantaban a los aztecas.

Mientras que el español —y en general el europeo— procuraban, con la guerra que el enemigo no volviese a levantar cabeza; o sea, reducirlo a un estado de total sujeción.

Es fácil —concluye Soustelle— adivinar cuál concepto de la guerra era más realista y estaba destinado a imponerse, a la postre, en el choque de ambas culturas.

Aparte de esto, también es indudable que la estrategia azteca no admitía parangón con el arte militar de la España del Gran Capi-

⁸Op. cit., VI. Ver, más adelante, 4 D, sobre la guerra de los aztecas.

tán. Muchas ingenuidades bélicas del indio, favorecieron al hispano.

Por ejemplo, la aversión azteca, de raíz religiosa, al ataque nocturno⁹.

Otro ejemplo: la costumbre mexicana de retirar sus cadáveres del campo de batalla, apenas concluido el combate; costumbre que permitía a los españoles cerrar los encuentros con verdaderas carnicerías.

Algunas de estas ingenuidades tuvieron espectacular trascendencia. El propio Cortés —pongamos por caso— hubiese muerto a manos de los indios, a no ser porque el azteca prefería capturar al adversario (a fin de ofrecerlo a sus dioses) a ultimarlo. En la refriega por coger vivo al prisionero, llegaban en su auxilio los otros conquistadores y le daban libertad. Don Hernán corrió tal aventura varias veces: cuando ya los aztecas le tenían “engarrado” (expresión de Bernal Díaz), sus fieles amigos lo rescataban.

¿Y qué decir de la *importancia mágica del jefe indio*? Su muerte acarrea ipso-facto la dispersión de los aztecas, aunque llevasen las de ganar. Así sucedió en Otumba.

Admitido lo que precede, nada menos exacto, no obstante, que evocar a los mexicanos como unos naturales idílicos, desprovistos de malicia militar; como indios “rousseauianos”, cargando a pecho descubierto contra sus enemigos.

Ya se vio que el pueblo azteca vivía para la guerra. Pues bien, tan continuado ejercicio bélico necesariamente debía desarrollar cierta estrategia. Sahagún nos pinta como los mexicanos preparaban una invasión a tierras enemigas.

Primero, se enviaba a ellas espías, que levantaban un mapa.

De acuerdo con éste y con las informaciones proporcionadas por los espías, se trazaba un completo plan de combate. El ejército azteca era dividido en cuerpos. A cada cuerpo asignaban objetivos, jornadas diarias y lugares de pernocte. Se acopiaban armas y provisiones.

Sólo finalizados tales minuciosos preparativos, los aztecas iniciaban la guerra.

¡Qué lejos está el ingenuo “buen salvaje” inmortalizado por Juan Jacobo!

El mexicano tenía, verdaderamente, su propia estrategia: la celada. En ella, no reconocía igual.

Los ejemplos abundan.

⁹A la cual, sin embargo, así tlaxcaltecas como mexicanos supieron sobreponerse, en la lucha con el español (ver más adelante).

Trampa mortal fue, v. gr., la tendida a los españoles en Cholula. Mientras les alojaban con gran pompa en el centro de la ciudad, toda ésta era una inmensa emboscada. Tropas se ocultaban dentro de las casas y en los arrabales. Las calles estaban llenas de barricadas y de hoyos disimulados —con estacas punteagudas al fondo— para detener a los caballos. Rebosaban de piedras las azoteas de los edificios. Ningún detalle había sido olvidado: ni las víctimas humanas que se inmolarían a los dioses, agradeciendo la victoria; ni las ollas con “chile” para aderezar exquisitamente a los españoles derrotados...

Sólo que el jefe de los candidatos a la olla se llamaba Hernán Cortés. Y transformó la emboscada en implacable matanza de cholultecas.

Ello no produjo escarmiento. A la salida de Cholula, rumbo a Tenochtitlán, Moctezuma II volvió a hilar su tela de araña para coger a los españoles. Dos caminos se abrían ante ellos: uno empinado, pleno de vericuetos, entorpecido por la nieve y por hacinamientos de árboles caídos (puestos allí por los mismos aztecas); el otro amplio, despejado y recién barrido por los solícitos mexicas. Naturalmente, el último llevaba a una quebrada, donde aguardaban ocultos los ejércitos de Moctezuma.

Mas de nuevo Cortés penetró las intenciones enemigas y, tomando el camino difícil, sorteó sus asechanzas.

Sin embargo, en este continuo duelo de ingenios, hubo ocasiones —algunas trágicas— en que don Hernán fue vencido por el indio.

Así aconteció en Iztapalapa, cuando Cortés realizaba una expedición “de tanteo” circundando el lago, antes de poner cerco a Tenochtitlán.

Los indios fingieron ceder terreno, atrayendo de tal manera a los conquistadores hacia el centro de Iztapalapa (que era semi-lacustre y terminal de una de las calzadas de que hemos hablado). Mas —una vez dentro los españoles y engolfados en el combate y el saqueo— los mexicas, simultáneamente con arrojar a sus canoas, rompieron la calzada-dique y sepultaron la ciudad bajo un torrente de agua. Sólo huyendo a lo que daban sus pies, y con grandes pérdidas de vidas y armas, pudieron salvarse los conquistadores.

La emboscada de Iztapalapa hubiese sido quizás un desastre definitivo para los hispanos, de no haber discurrido Cortés —en medio de la batalla y de la aparente victoria— que se les había tendido una trampa, ordenando la retirada inmediata. Demasiado tarde para prevenir la derrota, pero a tiempo para impedir que ella fuese total.

En otra celada de la misma expedición, Hernán Cortés estuvo tan próximo a la muerte, que los indios cogieron vivos a dos pajes del caudillo español. Quien lloró por ellos, imaginando quizás el subir de los infelices mozos por las escaleras del “teocalli” mayor, en cuyo tadjón les esperaba el puñal de obsidiana. El romance recogió las lágrimas de Cortés:

“En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado;
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado;
la una mano en la mejilla
y la otra en el costado...”

El cerco final de Tenochtitlán vio también una victoriosa argucia azteca, que estuvo a punto de alterar completamente el cuadro bélico.

Cortés iba avanzando por una de las calzadas, hacia el interior de la capital. A trechos, las calzadas tenían pasos o interrupciones, cuyo objeto era regular el nivel del agua y que se atravesaban por medio de puentes. Ya los aztecas habían destruido una vez esos puentes, en la “Noche Triste”, para impedir la salida de los conquistadores; ahora, volvían a hacerlo para evitar que los españoles entraran. Por ello, Cortés ordenó que capturado uno de dichos pasos no se siguiese adelante sin, previamente, cegarlos y apisonarlos a la perfección.

De improviso, en aparente derrota, los indígenas empezaron a huir calzada adentro... igual que en Iztapalapa. Los conquistadores fueron tras ellos, borrachos de triunfo. Por esta borrachera, o por imprudencia de Cortés o de su subordinado Alderete —poco importa la causa— el hecho es que los españoles olvidaron cerrar uno de los huecos que iban salvando...

La fuga azteca, nuevamente, era un simple cebo. En un solo instante, los que huían volvieron la cara, aparecieron de súbito grandes refuerzos mexicanos y todos juntos contraatacaron con espantosa furia. Los españoles debieron retroceder y, al hacerlo, quedaron atrapados entre el ímpetu azteca al frente y a las espaldas el foso sin cegar. El desastre fue inenarrable: el mismo Cortés escapó apenas, y herido, de la captura; murieron, o cayeron en poder del enemigo y marcharon al sacrificio, centenares de indios auxiliares y sesenta o más españoles; se perdieron caballos y cañones. Además, aprovechan-

do que las dos columnas hispanas que asediaban Tenochtitlán —la de Cortés y la de Alvarado— no se hallaban intercomunicadas, los aztecas sembraron el pavor en la segunda, voceando que habían destruido la de Cortés y arrojando, en prueba, ensangrentadas cabezas españolas...¹⁰.

Este último rasgo, propio de la moderna “guerra psicológica”, subraya algo que tampoco se debe olvidar al estudiar la superioridad militar hispana sobre el mexicana. A saber, que el postrer “Uei Tlatoani” azteca, Cuauhtémoc, era un verdadero y profundo estratega. Cuauhtémoc estructuró sus ejércitos a la española y les dio una disciplina perfecta. Con él, los mexicanos aprendieron a atacar de noche, a golpear en varios puntos simultáneamente y a sacar de las emboscadas el máximo provecho posible. El emperador, desde la cima del templo mayor, dirigía sus tropas por medio de tambores y señales luminosas o de humo, o bien —en los momentos supremos— haciendo tocar un instrumento que los conquistadores llegaron a temer como un símbolo de horror: la célebre trompeta de Cuauhtémoc.

El azteca no fue, luego, sólo un soldado robusto, experimentado y valiente, sino también un estratega a su manera; manera inferior, pero efectiva y temible. En todos estos rubros, por consiguiente, se parangona sin mucha desventaja con el español.

IV) De lo anterior, se desprende que la supremacía militar española en la conquista de Nueva España fue relativa.

Y aun, aparece contrapesada por inferioridades notorias. Veamos algunas:

a) *El número*. Los españoles comenzaron por ser alrededor de quinientos. Nunca pasaron de millar y medio. Al último sitio de la Ciudad del Lago llegaron unos mil.

¿Y los indios?

Las cifras de los cronistas son probablemente exageradas. Pero, al menos dan una base de apreciación. Por ejemplo. Bernal Díaz (LXIII) dice que los tlaxcaltecas levantaron contra los conquistadores un ejército de cuarenta mil y más guerreros... ¡Unas ochenta veces el total de españoles que había a la sazón en Nueva España!

No es, en esta oportunidad, Díaz del Castillo el más ponderativo de los cronistas (Cortés asegura que los tlaxcaltecas eran cien mil; una fuente india, Ixtlilxóchitl, los rebaja a ochenta mil). Pero —por

¹⁰Poco antes, Alvarado —jefe de la otra columna asediante— había sufrido una celada similar, pero de menores consecuencias.

amor al argumento— supongamos que Bernal fuese, en materia de cifras, un verdadero Barón de Munchausen, que los guerreros tlaxcaltecas sumasen sólo la *décima* parte de lo que él asevera. . . ¡de todos modos, habrían sido *ocho veces más* que los españoles!

Los modernos cálculos de población conducen a concluir que, por cada soldado de Cortés, Moctezuma II tenía al menos seiscientos guerreros¹¹.

Claro que los conquistadores tuvieron, en su lucha con los mexicas el auxilio de otros grupos indígenas —tlaxcaltecas, totonacas— enemigos de los primeros. Pero esto plantea la cuestión (que, según se verá, es la clave de todo el problema) de *por qué* tales grupos apoyaban a los españoles, extranjeros, y no a sus hermanos de raza.

Por otra parte, los refuerzos indígenas atenuaron, pero no hicieron desaparecer, la inferioridad numérica española¹². Además, la utilidad del auxiliar indio era discutible. Solía desertar con los reveses y —por falta de coordinación con los hispanos— a menudo estorbaba a éstos. Ambas cosas sucedieron en el sitio final de Tenochtitlán. A la primera derrota de Cortés (la emboscada vista atrás) se esfumó la mayoría de los aliados indígenas. Y antes, cuando salían al combate, se amontonaban en las calzadas entabando a los españoles.

b) *Conocimiento del terreno*. Es innegable que los aztecas aventajaban a sus adversarios en el dominio de la geografía sobre la cual unos y otros operaban.

¿Se ha reflexionado en que Cortés atravesaba un territorio del cual no tenía mapas y cuyo clima, recursos y situación política desconocía por completo?

c) *Apoyo de la población civil*. También es seguro que el no

¹¹Cortés, "Cartas", IIa, p. 49.

Ixtlixóchitl, *Historia Chichimeca (Obras Históricas, V, II)*, LXXXIII.

Angel Rosenblat, *La Población Indígena y el Mestizaje en América*, calcula —muy conservadoramente— la población total de México hacia 1492, en 4.500.000 de personas (V. I, V, p. 102).

De éstas, aproximadamente 3.000.000 correspondían a la confederación azteca —acohua— tepaneca, y pueblos sometidos. Así se desprende de los cálculos de Camavitto, aplicando las proporciones que da tal autor a las cifras de Rosenblat (V. I, Apéndice, V, p. 283).

En un pueblo tan militarizado, 3.000.000 de habitantes deben haber proporcionado mínimo 600.000 guerreros; seiscientos por cada español. Hay que tener en cuenta que el 20%, más o menos, de una población lo constituyen varones de veinte a cincuenta años (*Enciclopedia Espasa*, V. 45, p. 930).

¹²Los pueblos de la coalición azteca-acohua-tepaneca, incluyendo los sometidos a ella, doblaban en número a los otros pueblos de México (cálculos de Camavitto, en Rosenblat, op. cit., loc. cit.).

combatiente estuvo más junto a sus hermanos de raza, que en el bando de los conquistadores foráneos.

Y si se alega que fuertes núcleos de la población civil apoyaron al español contra el azteca, volvemos a la pregunta clave: ¿por qué esta preferencia, a primera vista anti-natural?

d) *Fortificaciones*. El valle de México era teatro de continuas guerras entre los mismos indígenas. Las fortificaciones de todo tipo abundaban.

Una verdadera “muralla china”, v. gr., defendía Tlaxcala. Era de piedra, con una altura de casi dos metros y medio y un ancho de más de seis metros. Corría por la cima de ella, a todo su largo, un parapeto para los defensores. Tenía una sola entrada, retorcida y enteramente dominada por los ocupantes del parapeto.

Otros lugares por naturaleza inaccesibles —como Cuauhnahuac (“Cuernavaca” para los españoles) o el peñón de Yacapixtla— habían sido perfeccionados por el ingenio indio, convirtiéndolos en bastiones inexpugnables.

Y la propia Ciudad del Lago... ¿no era en definitiva una fortificación inconquistable?

No hay duda que tales fortines significaban una superioridad indígena sobre el hispano.

e) *Armas*. No olvidemos, por último, que el indio era un maestro en el uso del arma arrojadiza. La pluma de Bernal Díaz refleja el pavoroso y mortífero efecto de estas tupidísimas lluvias de flechas, piedras y jabalinas: “¡Qué granizo de piedras de los honderos! Pues flechas: todo el suelo hecho parva de varas de a dos gajos, que pasan cualquier arma, y las entrañas donde no hay defensa...” “Aún de noche estaban sobre nosotros... tiraban varas... y flechas a bulto, y piedra perdida, que entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas dellos” (LXV y CXXVI).

Tal “parva” de dardos, lanzas y guijarros, es sumamente expresiva. Oigamos ahora a Cortés: “Eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía; e las flechas e tiraderas eran tantas... que casi no podíamos andar con ellas”¹³.

Las dos últimas citas se refieren al asedio de los españoles por los mexicas en el palacio de Axayacátl, antes de la “Noche Triste”. Al día siguiente de este ataque, los sitiados recogieron y quemaron tres

¹³Cortés, *Cartas*, IIa., p. 109.

carretadas de armas arrojadas, disparadas por sus enemigos durante el asalto: ello dará una idea de la intensidad de tales lluvias de flechas y jabalinas.

Entre las jabalinas, la más peligrosa era la que se disparaba atada al extremo de una cuerda o correa, que permitía recuperarla después de arrojada. Pensemos en esta arma, en la espada india, arriba descrita, y en las largas lanzas de doble punta, también aludidas atrás... y nos convenceremos de que el arsenal mexica no era cosa de broma. Muchas armas indias fueron adoptadas por los conquistadores, lo cual certifica su utilidad: por ejemplo, las mencionadas picas chinantecas y los escudos y armaduras forrados en algodón.

A la luz de los antecedentes recorridos, parece lógico concluir que la superioridad militar española, en la guerra con el azteca, no fue aplastante, ni siquiera absoluta y no basta para explicar el fulminante derrumbe azteca.

B) *El "grano divino"*.

Aparece primero en La Española, proveniente de Castilla.

Un negro de la expedición de Narváez, se dice, lo lleva a Nueva España.

Allí prende, como fuego desolador, entre los totonacas de Cempoal. Pasa luego a Tlaxcala —donde mata a Maxixcatzin, el amigo de Cortés— y a Cholula. Finalmente, se abate sobre Tenochtitlán, cuando los mexicas festejan la "Noche Triste": entre las primeras víctimas, cae Cuitláhuac, sucesor de Moctezuma II y vencedor de los españoles.

Los indígenas del Valle —como los americanos en general— desconocían la viruela, por eso, les faltaba inmunización natural contra ella e ignoraban los métodos para paliarla.

Creían, v. gr., que rascarse las pústulas o bañarse (lo cual, comentaba atónito el Licenciado Cervantes, "en salud y enfermedad tenían de costumbre") les beneficiaba... cuando sólo agravaba su mal¹⁴.

Así se originó una mortandad pavorosa. Los indios, se lee en un contemporáneo, perecían "como chinches"¹⁵. Los mexicas —ordinariamente tan cuidadosos con el decoro de sus muertos— los abandonaban ahora a montones en calles y calzadas, o los arrojaban al lago. Cadáveres y agonizantes se confundían en estos dantescos hacinamien-

¹⁴Cervantes de Salazar, Francisco: *Crónica de la Nueva España*, L. IV, C. XC, pp. 448-449.

¹⁵Toribio de Motolinia, cit. por Prescott, *Historia de la Conquista de México*, V. II, L. V, C. III, Nota 1 a la p. 40.

tos: los perros comían unos y otros. “Y esta es la causa porque a los indios les pesa mucho que los nuestros les llamen perros”.

Un hedor pestilencial y un calor agobiante envolvían la desdichada Ciudad del Lago. Los lamentos de los enfermos subían como incesante clamoreo: “. . . todo el cuerpo, y la cara, y todos los miembros tan llenos y lastimados de viruela, que no se podían bullir ni menear de un lugar, ni volverse de un lado a otro, y si alguno los meneaba daban voces”.

Pisando los talones a la plaga, y provocada por ella, vino una hambruna que cosechó nuevas víctimas.

Dos meses duró la peste (“grano divino” la bautizaron los aztecas) en Tenochtitlán. Mediando diciembre de 1520, la viruela abandonó la capital mexicana, propagándose a Chalco. Dejaba tras sí muertos por miles y, en muchos sobrevivientes, su estigma perenne: “Caras aboyadas. . . ojos quebrados”¹⁶.

No faltan quienes explican la derrota final azteca, conectándola con el estrago causado por la viruela, que habría debilitado la resistencia mexicana.

El debilitamiento es efectivo. Bernal Díaz lo señala como uno de los factores que permitieron a Cortés durante su último asalto, marchar de Tlaxcala a Tezcoco sin ser interceptado.

Pero no exageremos ese debilitamiento.

Pues no hay motivo para suponer más benignas las viruelas en Tlaxcala que en Tenochtitlán (los paliativos europeos de la plaga, que quizás los conquistadores enseñaron a sus aliados tlaxcaltecas, eran ínfimos). Y bien, pese a la peste, los tlaxcaltecas conservaron intacta su potencia bélica.

Así, los vemos incorporarse entusiastamente a las expediciones con que Cortés recupera el prestigio perdido en la “Noche Triste”.

Después, asistimos a su vigorosa hazaña —que admira a los conquistadores— de transportar los bergantines españoles, en vilo, desde Tlaxcala hasta el lago.

¡Qué robustos hombres, y cuántos miles de ellos, se necesitarían para tan formidable faena!

Las Casas nos pinta similares acarreos de buques desarmados,

¹⁶Las dos últimas referencias pertenecen a Sahagún, op. cit., V. III, L. XII, C. XXIX, pp. 61-62.

La original interpretación sobre el disgusto de los indios por ser llamados “perros”, en Cervantes, op. cit., L. V, C. XXVIII, pp. 546-547.

por tierra y a hombros indígenas. Leerlo, lleva al convencimiento de que ningún pueblo ultra-debilitado podría, *voluntariamente*, ejecutar esa tarea¹⁷. Los tlaxcaltecas lo hacen... y cuando más dependen los españoles de sus aliados indios, que éstos de aquéllos.

Por último, en el cerco de Tenochtitlán, los tlaxcaltecas movilizaron, para ayudar a Cortés, guerreros a millares.

Todo esto... ¿Nos retrata un pueblo cuya convalecencia lo tenga postrado, incapaz para atacar o defenderse?

Evidentemente no. ¿Y por qué, entonces, suponer mayor conunción en los mexicas que en los aztecas, siendo ambos víctimas de la misma epidemia?

Cuauhtémoc no parece sufrir escasez de “carne de cañón” durante su última y encarnizada resistencia. Hasta los momentos finales, puede oponer a los españoles y aliados indígenas, compactas masas guerreras... ¿Dónde, luego, el excesivo “debilitamiento” mexica, que algunos suponen causado por la viruela? ¿En qué se refleja, si no en el número de los ejércitos aztecas?

Por otra parte, los hispanos —si bien relativamente inmunes a la viruela— se hallaban atacados por otras enfermedades, menos espectaculares pero también peligrosas. Con la agravante de que, para Cuauhtémoc, perder centenares y aún miles de guerreros era un detalle; mientras para Cortés, un soldado menos representaba pesadas complicaciones.

Las “bubas”, o “mal de Indias”, por ejemplo —o sea, la sífilis— constituían la exacta contrapartida de la viruela. Cervantes llegaba a decir que, con ésta, “se desquitaron los españoles por las bubas” (18).

Algunos afirman que la sífilis era autóctona americana y que de nuestro continente pasó a Europa, llevada por los españoles. Otros lo niegan. Pero parece indudable, al menos, que América conocía una forma sifilítica más virulenta y más contagiosa que la europea. Esa variante americana transformaba la enfermedad en una verdadera epidemia.

La cual coge rudamente a las huestes cortesianas. Sus víctimas son mencionadas con frecuencia por Bernal Díaz. Van desde personajes importantes, como el “lengua” (intérprete) Aguilar y los capitanes

¹⁷“...los indios cargados con anclas de tres o cuatro quintales, que se les metían las unas de ellas por las espaldas y lomos” (*Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, “De la provincia y reino de Guatemala”, p. 57). Claro que los buques aludidos por Las Casas eran de mucho mayor calado.

¹⁸Cervantes, op. cit., loc. cit.

Andrés de Monjaraz, Rodrigo Rangel y Francisco de Orozco; hasta soldados modestos, como ese “mancebo, que se dice Maldonado, natural de Medellín”, cuyas bubas inmortaliza la “Verdadera Historia”. Particularmente asoladora se nos muestra la sífilis en Villarrica. Después de la “Noche Triste”, en efecto, esta ciudad despacha a Cortés un refuerzo de siete soldados: cinco son sifilíticos.

Las “bubas” no tenían el carácter fulminante de la viruela. Pero el sifilítico era por completo inútil para la guerra. Así, leemos que Rangel “no era para ningún cargo, a causa de que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco, y las zancas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta”. Y Monjaraz “estaba tullido... de bubas, que no era para hacer cosa que buena fuese” (CLXIX, CLXXXV y CCV).

Mas no sólo este mal aquejó a los hispanos. Enfermedades tropicales, propias de la “tierra caliente”, y otras hoy difíciles de identificar los azotaron.

Una ponía a sus dolientes “muy flacos y amarillos e hinchados”, tanto que, añade Bernal, “por burlar les llamamos... Panzaverdetes”. Causó considerable mortalidad.

También fue mortífero un “dolor de costado”, al cual acompañaba “echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices”. Los españoles atribuían la enfermedad a que llevaban “siempre las armas a cuestras; y no parar noches, ni días...”

Durante la expedición a Tepeaca, este mal mató cinco soldados en dos semanas. En otra incursión a Xaltocán, el “dolor de costado” se llevó ocho españoles más (Bernal Díaz, CXXXI, CXXXIII y CXLI).

Cinco, ocho, son cifras que no impresionan mayormente... mientras no se recuerda la exigüidad de los efectivos hispanos.

Dicha exigüidad, combinada con las enfermedades recién descritas, contrapesan el daño que causa a los indígenas la viruela. La cual, debemos concluir, no explica por sí sola el problema cuya solución perseguimos: es preciso seguir buscando tal solución.

C) *La vuelta de Quetzalcoátl.*

Tendremos ocasión de profundizar la figura de esta divinidad azteca: Quetzalcoátl, la “Serpiente Emplumada”.

Por ahora, digamos que —según cuenta su mito— dioses enemigos le expulsaron del Valle y que, al huir, Quetzalcoátl vaticinó el regreso de sus descendientes, quienes recuperarían la tierra por él perdida.

Moctezuma II —y los mexicas en general— habrían identificado a los españoles con la progenie de la “Serpiente Emplumada”. Ello

explicaría la parálisis defensiva de los aztecas y también su derrota final.

Se señalan, igualmente, varias circunstancias que habrían llevado a tal identificación.

Primera, el haber llegado Cortés a la costa mexicana el mismo año predicho por la "Serpiente" para que volviesen sus hijos: un año Ceacátl (Uno-Cañas). El cual, a mayor abundamiento, estaba consagrado a Quetzalcoátl por el calendario azteca.

Seguidamente, tenemos que los españoles provenían de Oriente, punto cardinal elegido por el dios para desaparecer.

Luego, hubo maravillosos prodigios y presagios de hechos extraordinarios meses antes de arribar Cortés: así relatan, con prolijidad, las fuentes indígenas. Cometas centelleantes; misteriosos rayos e incendios inextinguibles en los templos; voces agoreras que recorrían los aires, lamentando la próxima ruina tenochca; inexplicables hervores del lago... sumieron a los aztecas, sobre todo a Moctezuma II, en un verdadero pavor.

Por último, el tipo español coincidía con la representación mitológica de Quetzalcoátl. De manera principal por la tez blanca y por las barbas: ralas en la generalidad de los mexicas, largas y pobladas en las imágenes de la "Serpiente Emplumada". Tales como las llevaban los conquistadores. Laurette Sejourné ha reproducido el Quetzalcoátl de una cerámica teotihuacana: impresiona al momento su aire español, español de los tiempos heroicos¹⁹.

Todo lo anterior, confirmado y realzado por los nuevos elementos bélicos que trajo el conquistador y que le dieron, ante los atónitos indígenas, el carácter de "teúl" (dios). Buques —cerros que navegan—, caballos, armas de fuego, mastines... eran para el indio aterradores atributos divinos. He aquí cómo describe una fuente indígena el avance hispano hacia Tenochtitlán:

"Mucho se asustó (Moctezuma II) también cuando oía como obedece su orden (la del español) el arma de fuego... Y si la bala encuentra una montaña, cómo ésta se derrumba, se queda en escombros, y si encuentra un árbol, entonces se despedaza... Puro hierro forma su traje de guerra, con hierro se visten; con hierro cubren su cabeza; de hierro consta su espada, de hierro su casco, de hierro su escudo, de hierro su lanza. Y sus ciervos (caballos) los llevan sobre sus lomos... Y sus cuerpos están envueltos por todas partes. Solamente sus rostros están visibles... Y sus perros muy grandes; con ore-

¹⁹Sejourné, L.: op. cit., figura 83, p. 202.

jas plegadas; con lenguas grandes, colgantes; con ojos de fuego, de llamas; con ojos claros, amarillos; con vientre estirado, con vientre ahuecalado, con vientre acucharado. Salvajes como demonios, siempre jadeantes, siempre con la lengua colgante, moteados como de jaguar moteado...²⁰.

¿No respiran estas líneas un pavor sobrenatural?

Por eso dijimos antes que caballos y armas de fuego —y en conjunto todas las innovaciones bélicas españolas— pesaban más psicológica que militarmente.

Sin embargo, la tesis expuesta —identificación de los españoles con el linaje de Quetzacoátl— tampoco nos parece satisfactoria para iluminar el ocaso y ruina mexicas. La complejidad del problema rechaza solución tan simplista.

Desde luego, la tesis se funda muy especialmente en versiones indígenas, posteriores a la conquista... ¿No será lícito considerarlas como un intento —muy natural, por cierto; casi inconsciente— para explicar y dar una dignidad religiosa a la flaqueza azteca? “Fuimos vencidos por un puñado de hombres”, es frase deshonrosa; si se le añade: “porque los creíamos dioses”... ya la cosa mejora.

Anotemos que los indígenas peruanos, consumada la conquista, justificaban el derrumbe incaico invocando una leyenda muy similar a la azteca. Los *Comentarios Reales* de Garcilaso nos han conservado sobre ello, un rasgo precioso: la pregunta formulada por el autor, siendo niño, a un indio anciano. “Inca... ¿cómo siendo esta tierra de suyo tan áspera y fragosa, y siendo vosotros tantos, y tan belicosos y poderosos... dejásteis perder tan presto vuestro Imperio, y rendísteis a tan pocos españoles?”. A lo cual el interpelado repuso aduciendo la consabida leyenda, y mostrando “algún enojo de que les hubiese motejado (Garcilaso a los incas) de cobardes y pusilánimes”²².

Aquí está, a lo vivo, el herido amor propio nacional. Herida que, en el caso mexica, nos lleva a tomar con beneficio de inventario la “vuelta de Quetzalcoátl”, como clave del problema cuya solución perseguimos.

Por lo demás, si analizamos cuidadosamente los hechos, veremos que la deificación de los españoles por los aztecas nunca fue absoluta. Y que el correr del tiempo la redujo a poco o nada.

La vulnerabilidad física se manifestó pronto en los españoles y

²⁰Cit. por Salvador Toscano: *Cuauhtémoc*, IX, pp. 79-80.

²¹Garcilaso: *Comentarios Reales de los Incas*, V. II, L. IX, C. XV, p. 251.

en sus cabalgaduras... pese a que soldados y caballos muertos eran enterrados secreta y nocturnamente para ocultarla. Y los mexicas bien sabían que los dioses no mueren.

Los propios conquistadores no iban por líneas favorables a su deificación. Esta era incompatible con el sentido igualitario, tan español, que les animaba e incompatible también con su afán evangelizador.

Así vemos a Cortés, a la menor ocasión, arengando a los indígenas a través de los intérpretes, diciéndoles que todos, indios y españoles, eran hermanos —por ser hijos del mismo Dios— y súbditos espirituales del Papa y temporales del Emperador. Poco entenderían los naturales el discurso, mas es difícil se les escapara que no podían ser dioses quienes se autoproclamaban hermanos del indígena y súbditos de otras personas. La misma Misa socavaba la divinidad de los conquistadores: ¿qué “teúles” (dioses) eran éstos, que doblaban la rodilla ante un altar?

Más todavía, don Hernán desmintió siempre su divinidad... aun atravesando peripecias en que le habría convenido defenderla. Por ejemplo, cuando se hallaba detenido frente a Tlaxcala, con un ejército desmoralizado y maltrecho, los tlaxcaltecas enviaron una embajada a preguntar a los conquistadores si eran dioses. “Yo y mis compañeros hombres somos como vosotros”, respondió fríamente Cortés.

La creencia de que los españoles eran la progenie de Quetzalcoátl, también fue muy matizada entre los aztecas. La conducta mexicana, especialmente la de Moctezuma II, así lo prueba.

Si Moctezuma II hubiese estado convencido de que Cortés y sus hombres descendían de la “Serpiente Emplumada”, y venían a recuperar el Valle cumpliendo la profecía mitológica... ¿Habría osado tenderles trampas como la de Cholula, o la que les aguardaba abandonada dicha ciudad y camino a Tenochtitlán? ¿quién tan estúpido, como para armar emboscadas *a un dios*?

¿Y quién tan estúpido, como para pretender *engañar* a un dios? No obstante, Moctezuma II quiso hacerlo cuando Cortés se hallaba a las puertas de Tenochtitlán, enviando al campamento español un noble azteca que debía hacerse pasar por el monarca.

Tampoco se compadece con la identificación Cortés-Quetzalcoátl, el énfasis gastado por los lugartenientes de Moctezuma II, al ponderar a los españoles la grandeza y poderío del “Uei Ttlatoani”. “Apenas has llegado, y ya quieres hablarle”, dice Teuhtile a don Hernán en

²²Cervantes de Salazar, cit. por Madariaga, Salvador de: *Hernán Cortés*, P. IIIa., C. XIII, p. 244.

San Juan de Ulúa, sorprendido con semejante pretensión. Y cuando el futuro Marqués pregunta a Olintetl, cacique de Tlatlanquitepec: “¿Sois vasallo de Moctezuma?”, el indígena, tras interminable silencio, contesta: “¿Y quién no es vasallo de Moctezuma?”. A idéntica interrogación, respondería más tarde Quauhpopoca: “¿Pues hay otro señor de quién poder serlo?”²³. Tal énfasis ponderativo sería insensato, si aceptáramos que los aztecas creían firmemente en la divina prosapia de los españoles. ¿Qué sentido tendría ensalzarle a Quetzalcoátl el poder y la opulencia de un mortal, como Moctezuma II?

Resumiendo: la deificación de los españoles y la creencia de que su llegada era la “vuelta de Quetzalcoátl”, sin duda existieron y sin duda coadyuvaron a la conquista. Pero no fueron tan fuertes ni tan claras, como para darles un carácter decisivo en el colapso azteca: sería exagerarlas y solucionar demasiado simplemente un problema mucho más complejo.

Es el mismo caso de las anteriores “presuntas causas” que hemos recorrido.

Y lo que vale para cada una aisladamente, vale para todas ellas en conjunto. Pues no nos parece lógico suponer un resultado tan importante como el colapso mexicana, el efecto de varias causas insuficientes *sumadas*. Sería atribuir a la casualidad un rol estelar en la historia: negar que existe en ella un hilo central que la explica y orienta.

3.— ¿APOGEO O DECADENCIA DE LA CULTURA AZTECA?

Descartadas las “presuntas causas”, buscaremos el origen de la ruina mexicana en la que creemos su verdadera fuente: la profunda, integral decadencia que corroía a la cultura azteca.

Esta era un fruto intacto y brillante al exterior... pero internamente ya podrido. Para que cayese, bastaba una sacudida al árbol de la Historia.

Hernán Cortés proveyó tal sacudida. Pero el fruto no cayó únicamente por ella, sino además porque estaba en su punto para caer.

Así se explica que una causa tan pequeña —el ataque hispano— produjese un efecto de apariencia tan devastadora: la destrucción del Imperio azteca. La causa, sí, era chica; pero el efecto no era grande, sino también pequeño. Pues el Imperio sólo tenía magna la fachada; por dentro, se hallaba en ruinas.

²³Madariaga, op. cit., P. IIa., C. IX, p. 170.

López de Gómara, *Historia de las Indias*, Parte IIa., p. 85 y p. 161.

Ruinas difícilmente apreciables —porque como veremos no eran materiales sino espirituales— pero no por ello menos efectivas.

El problema se ha complicado al negar muchos historiadores —con obstinación— esta decadencia azteca.

Lo hacen debido a que tal decadencia es poco notoria, a causa de su carácter espiritual. Y luego, quizás fundamentalmente, movidos por una admiración ciega al mundo mexica y por un odio asimismo ilimitado, a todo lo español. Amor y encono que los lleva a considerar el Imperio de Moctezuma II como una sociedad humana floreciente, aplastada con saña brutal por Cortés y sus hombres.

Para alcanzar semejante resultado deben, claro está, torcerle la nariz a la Historia repetidas veces.

Pronto, v. gr., los veremos “disimulando” los sacrificios humanos aztecas. Y esta es apenas una de las distorsiones a que los ha llevado su porfiado cerrar los ojos a la decadencia mexica²⁴.

La más flagrante de dichas aberraciones históricas, ha sido justamente explicar el colapso azteca suscribiendo la vieja teoría spengleriana.

Para el filósofo alemán, como es sabido, las culturas eran seres vivos, sometidos a la ley general de éstos: morir. Y la muerte de una cultura —igual que la de todo organismo viviente— o bien era el resultado del natural envejecimiento, o bien era provocada por una enfermedad o accidente. Y accidente fue, para Spengler, lo acontecido a la cultura mexica: en esencia idéntico al que sufriría un hombre atropellado por un automóvil. “Esta cultura es el único ejemplo de una

²⁴Por ejemplo, se reprocha solemnemente su “falta de visión histórica” a los pueblos indígenas que se aliaron con los españoles y contra los aztecas: Soustelle, op. cit., VI, p. 216 y Notas 34 y 35 a VI, p. 269, es muy característico en este sentido. ¡Cuántos beneficios debía un totonaca, pongamos por caso, a los amables mexicas! Lo aplastaban con tributos extenuantes; forzaban a su mujer, hija o hermana, a sus propios ojos y, finalmente, lo arrastraban a la piedra del sacrificio y, en honor de Huitzilopochtli, le arrancaban el corazón palpitante... ¡Negra ingratitud la de este totonaca, no sentirse “solidario” de su protector mexica!

Más allá, leemos que Tenochtitlán y sus monumentos, “han sido víctimas de un vandalismo sistemático, casi único en la historia, durante el asedio e inmediatamente después de la rendición del emperador Cuauhtémoc” (Soustelle, op. cit., I, p. 32). ¡Increíble caso, que los españoles arrasaran los templos, todavía humeantes con la sangre de las víctimas humanas, inclusive compañeros de los propios conquistadores! Y la destrucción durante el sitio... ¿no fue provocada por los mismos mexicas, con su intransigencia en orden a no rendirse; intransigencia por cierto heroica, pero de la cual no puede culparse a los españoles? Cortés... ¿no llamó acaso a parlamento a los aztecas, innumerables veces, precisamente para evitar la ruina de la ciudad, que él lloró más que nadie? ¿Que sentido tiene, entonces, aquel “vandalismo sistemático”? Ver, más adelante, “E”.

muerte violenta. No falleció por decaimiento, no fue estorbada ni reprimida en su desarrollo. Murió asesinada, en la plenitud de su evolución, destruida como una flor que un transeúnte decapita con su vara”²⁵.

Adoptada esta versión del derrumbe azteca, era menester explicar el enigma con que abrimos el presente ensayo: por qué una cultura proclamada tan floreciente, cayó en un instante y por obra de un enemigo sobremanera inferior.

Y aquí viene, entonces, la aberración: se recurre a las “presuntas causas”. El inmenso, majestuoso desastre del Imperio mexicana; el hundimiento aterrador de todas esas maravillas del arte, la inteligencia y el esfuerzo... se hacen derivar de unos cuantos cañones o escopetas; un par de perros bravos; una peste o alguna vieja leyenda, más o menos discutible. Queriendo ensalzar a los mexicas se les rebaja, al ridiculizar la destrucción de lo que ellos crearon.

En verdad, como dice Toynbee²⁶, el Imperio azteca recibió el golpe cortesiano cuando ya había paralizado su desarrollo; cuando, tras la cáscara engañosamente perfecta, había comenzado la descomposición provocada por sus propios excesos. Pero los mexicas agonizaron y murieron con dignidad y grandeza: se les envilece. al presentarlos como víctimas de caballos o perros, o como engañados por una grotesca “comedia de equívocos”, alrededor de Quetzalcoátl.

4.— AGONIA DE UN IMPERIO.

A) *Origen de la decadencia mexicana*

¿Dónde buscar la raíz de la decadencia azteca?

Creemos hallarla en la base misma que sostenía al Imperio mexicana. Este —por su fundamento espiritual, por su propia estructura— generaba tensiones que debían conducirlo a la ruina. Por lo cual, y a menos que hubiesen ocurrido cambios profundísimos —cambios que nada hacía prever al comenzar el siglo XVI— la destrucción del Imperio era *fatal*.

Los españoles fueron, según dijimos, los directos agentes de este proceso. Pero su causa era interna, no ajena al Imperio.

Dichas tensiones se producían entre los aztecas y los pueblos sometidos. Y también, aunque menos intensamente, en el interior del Imperio, entre las castas sacerdotales y guerreras, por una parte —verdaderas sustentadoras de la idea imperial— y por otra el pueblo.

²⁵Spengler, *Decadencia de Occidente*, V. III, II.a parte, C. I, B, p. 67.

²⁶Toynbee, *A study on History* (resumen de Somervelle), XV, pp. 271-272.

Ahora bien... ¿cuál era la base o fundamento espiritual del Imperio mexica, que empapaba toda su estructura y generaba e intensificaba continuamente las tensiones que lo llevarían al colapso? Era la religión azteca, con su insaciable exigencia de *sacrificios humanos*.

B) *El alimento de los dioses*

Ni la civilización material, ni la cultura azteca fueron originales, sino herencia recibida de los legendarios toltecas, que precedieron en el Valle a los mexicas. Estos se limitaron a expandir y perfeccionar el legado tolteca.

En cambio, la religión mexica sí que tenía un elemento propio: el culto al dios guerrero, Huitzilopochtli, mediante los sacrificios humanos. Corriendo los siglos, el panteón azteca —tan tolerante como el romano— recibió otras divinidades, de cuna extranjera: Tlaloc, dios agrícola; la divinidad benéfica Quetzalcoátl; Tezcatlipoca, el “dios de dioses”, que rivalizaban en importancia con Huitzilopochtli y aun lo superaban. Pero las víctimas humanas, extendidas ahora a todas estas deidades y a muchas más, continuaron siendo el rasgo preponderante del culto azteca.

Antes del auge tenochca, América y el Valle practicaban ya el sacrificio humano, pero sólo en pequeña dimensión y ocasiones excepcionales. Pero con los aztecas tanto el número de víctimas como la complejidad y crueldad del rito crecieron atterradoramente. Además lo exacerbaron “por contagio”, si se nos permite la expresión, en otros pueblos. Se llegó al extraño colmo de que el culto a Quetzalcoátl —dios adverso a los sacrificios humanos, como se verá— era sangriento, si bien en mucho menor escala.

El número de sacrificados no se puede precisar: ya hemos visto la poca fe que merecen las cifras dadas por los cronistas. Pero la cantidad debe aproximarse a veinte mil víctimas anuales, para la sola Tenochtitlán. Ciertas ocasiones especiales eran festejadas con hecatombes también especiales. Las fuentes indígenas dicen que, para la inauguración del “teocalli” mayor de la capital, Ahuizotl, tío y predecesor de Moctezuma II, inmoló veinte mil seres humanos; y que Moctezuma II casi emuló la piedad de su tío, ofreciendo a Huitzilopochtli doce mil cautivos de una provincia rebelde²⁷.

²⁷Un excelente resumen del aspecto numérico de los sacrificios humanos aztecas, en Rosenblat, op. y V. cit., V, Nota 1 a la p. 100. Permite concluir que la cifra más moderada y probable es la dada por el texto, que se basa en Zumárraga y Clavigero y que es *la menor* hallada en las fuentes (si se exceptúa a Las Casas, cuyas exageraciones pro-indios son proverbiales).

Todas estas cifras parecen increíbles. Pero un examen atento del calendario azteca las hace muy verosímiles: de los dieciocho meses, sólo tres (Huey Tozotli, Tlaxochimaco y Atemoztli) se hallaban libres de sacrificios humanos regulares.

Los españoles hallaron otro testimonio, mudo, mas irrecusable, de la magnitud que alcanzaban estas hecatombes humanas: los lúgubres “tzompantlis”, murallas construidas con las calaveras de los sacrificados. “Eran unos maderos que estaban hincados, de altura de dos estados, y estaban agujereados a trechos, y por aquellos agujeros estaban pasadas unas astas... del grosor de astas de lanzas... en éstas espetaban las cabezas... puestas las caras hacia el mediodía”²⁸. Había un “tzompantli” en casi toda ciudad mexicana o bajo la influencia tenochca: en el de la capital, se dice que los españoles contaron ciento treinta y ocho mil cráneos.

Fuera de su inmensidad numérica, caracterizaba a los sacrificios humanos entre los mexicanos —según anticipamos— una ilimitada crueldad.

La forma más corriente de ser inmolado era morir en el tajón o piedra de sacrificios, especie de mesa ligeramente convexa, situada ordinariamente en la cúspide del “teocalli”. La víctima era primero bañada, pintada con diversos colores simbólicos y adornada con papeles también rituales. Luego tenía que subir la empinada e interminable escalera del templo, hasta la cima (más de cien peldaños, en el “teocalli” mayor de Tenochtitlán): si no ascendía de buen grado, los sacerdotes lo arrastraban por los cabellos. Una vez arriba, cuatro “papas” —así llamaba Bernal Díaz al clero mexicano— cogían a la infortunada víctima y la echaban de espaldas sobre la piedra. La convexidad de esta levantaba el pecho del cautivo hacia un quinto sacerdote, el cual, con una filuda cuchilla de obsidiana, rompía ese pecho estremecido para arrancar el corazón, todavía palpitante, y elevarlo hacia la figura de la divinidad... Finalmente, el corazón era arrojado a una jícara al pie del dios, donde ardía mezclado con incienso, y el cuerpo de la víctima bajado a puntapiés hasta la base del templo, rodando por las escaleras que segundos antes había subido vivo. Ahora sólo restaba descuartizar el cadáver y comérselo: las partes más delicadas iban a las cocinas de los potentados, por ejemplo del mismo Moctezuma II, y las otras se distri-

²⁸Sahagún, op. cit., V. I, II, Apéndice, p. 245. Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, Vol. II, LXXX, pp. 84-85, consigna que el “tzompantli” de Tenochtitlán se hallaba en constante ampliación y renovación.

buían al pueblo. Lo que éste desdeñaba servía de manjar a las fieras de los zoológicos imperiales.

El olor de la muerte envolvía los “teocallis” (“que en el matadero de Castilla no había tanto hedor”, decía Bernal); espesas costras de sangre seca y nauseabunda cubrían sus paredes: estos eran los monumentos cuya destrucción se reprocha hoy a los conquistadores. Los propios sacerdotes —como sus votos incluían la promesa de jamás tocarse el pelo— tenían los cabellos apelmazados con salpicaduras de sangre humana y despedían el mismo siniestro olor.

Era usual, por último, que las víctimas —ya en la cima del templo y el “téhcatl” (tajón) a la vista—, fuesen forzadas a bailar en honor de los dioses sanguinarios. ¿Se concibe algo más cruel y patético que esta danza postrera?

Bernal Díaz nos ha dejado su relato presencial de un sacrificio humano. Durante el sitio de Tenochtitlán, los asediados vieron, con fascinado horror e impotente furia, como sus compañeros presos por los mexicas subían al “teocalli” mayor y eran inmolados.

“Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que había acaecido, y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor de Huichilobos (Huitzilopochtli), y otros muchos atabalejos, y caracoles, y cornetas, y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste. Y miramos arriba al alto Cu (templo), donde los tañían y vimos que llevaban por fuerza a rempujones, y bofetadas, y palos, a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés (la emboscada de que se habló en 2, A, III) y que los llevaron por fuerza a sacrificar: y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal los aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían. Y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo, y estaban aguardando otros indios carniceros que les cortaban brazos y piernas... (para comerlos) y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas, echaban a los tigres y leones, y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas...” (XCII, CLII).

Con todo, esta era la forma menos elaborada del sacrificio azte-

ca. La servicia de las otras no tenía ni tiene parangón. Horrible es describirlas, pero también necesario para comprender plenamente el final de Tenochtitlán.

Era común el sacrificio de mujeres, que representaban diosas del panteón azteca: en el séptimo mes, era inmolada una mujer que personificaba a Huixtocihuatl, diosa del agua salada. Este era el mes llamado "Tecuilhuitonli"; en el siguiente (Huey Tecuilhuitl), se sacrificaba a otra muchacha, que simbolizaba a Xilonen, diosa del maíz tierno. Al undécimo mes (Ochpaniztli) otra infeliz encarnaba a la madre de los dioses, Toci, y como tal era sacrificada. La misma suerte corrían, sucesivamente, cinco mujeres que personificaban diosas campesinas (décimotercer mes. Tepeilhuitl) y una doncella cuya immaculada vestidura blanca representaba a la diosa-volcán, Ilamatecuhtli, perennemente nevada (decimoséptimo mes, Tititl).

Se solía considerar mal augurio que la sacrificada gritase al morir; por ende, su lamento final era ahogado, apretándole el cuello con "un palo rollizo". Asimismo, tomaban corrientemente por presagio funesto que la mujer se mostrase decaída: ocultábanle entonces su amargo destino, diciéndole que "la llevaban para que durmiese con ella algún gran señor"²⁹.

Los niños de pecho constituían la ofrenda favorita de Tlaloc, dios agrícola y de las lluvias: se le inmolaban para pedir estas últimas. A veces eran crucificados pero, más frecuentemente, les ahogaban echando a pique en la laguna canoas adornadas con flores y que rebosaban corazones de sacrificados: los infelices pequeños tripulaban tales embarcaciones. Se hacía gran ruido para que los niños no se durmiesen durante la atroz ceremonia, cediendo al cansancio: este sueño compasivo era mirado como mal augurio. En cambio, si las diminutas víctimas lloraban, sus lágrimas presagiaban lluvias numerosas y los circunstantes se alegraban sobremanera: a mayor llanto, mejor el presagio y más grande la alegría.

Y así los diversos dioses, "gourmets" de la sangre humana, exigían su forma especial para el sacrificio: éste pedía decapitaran a la víctima; aquél, su desollamiento apenas muerta; otro, que la asactearan hasta morir, o bien que luchase con guerreros aztecas... pero atado el infeliz a una piedra y usando armas fingidas ("espada de palo, la cual en lugar de navajas tenía plumas de ave pegadas por el corte") contra las muy reales que empleaban sus enemigos³⁰.

²⁹Sahagún, op. cit., V. I, L. II, C. XXVI, pp. 174-175; C. XI, p. 112.

³⁰Sahagún, op. cit., V. y L. cit., C. XXI, pp. 139-140.

¿Y cómo habían de perecer los ofrecidos a Xiuhtecutli, el Viejo Dios del Fuego, sino entre las llamas?. Sahagún nos ha registrado la escena:

“... después (los sacerdotes) los echaban (a los destinados al sacrificio) sobre los hombros a cuestras y subíanlos arriba a lo alto del Cu (templo), donde estaba un gran fuego y gran montón de brasa, y llegados arriba luego daban con ellos en el fuego. Al tiempo que los arrojaban, alzábase un gran polvo de ceniza y cada uno a donde caía, allí se hacía un gran hoyo en el fuego, porque todo era brasa y rescoldo, y allí en el fuego comenzaba a dar vuelcos y hacer bascas el triste cautivo; comenzaba a rechinar el cuerpo, como cuando asan algún animal y levantábanse vejigas por todas partes del cuerpo, y estando en esta agonía sacábanlo con unos garabatos... y poníanlo encima del tajón... y luego le abrían los pechos de tetilla a tetilla, o un poco más abajo, y le sacaban el corazón y lo arrojaban a los pies de Xiuhtecutli, Dios del Fuego”³¹.

¿Cuál era el fundamento teológico de esta continua orgía de sacrificios humanos? Interesa conocerlo, pues explica la trascendental importancia de los ritos sangrientos en el mundo azteca; importancia que, por su parte, es la clave que ilumina la decadencia mexicana.

Los dioses aztecas ejercían sobre el mundo algo así como una Divina Providencia... al revés: velaban por los mortales, pero no benéfica, sino malévolamente. El mundo se hallaba siempre al borde de la destrucción por los dioses y este “siempre”, para los aztecas, no era una amenaza vaga, imprecisa, sino un peligro concreto de todos los días y todos los instantes.

La única forma de mantener aplacados a los dioses e impedir que este mundo incurriese en la destrucción, ya sufrida —según la mitología azteca— por otros mundos cronológicamente anteriores, era que las divinidades estuvieran abastecidas, día a día, de su alimento. Y la sangre humana era el alimento de los dioses, el “chalchihuatl” (“líquido precioso”) que conservaba benévolas a las divinidades e intacto el mundo.

Aunque el peligro de que los dioses sanguinarios, dejándose llevar por su naturaleza perversa, arrasaran el universo, era una amenaza permanente, dicho peligro arreciaba al concluir el “siglo” azteca (período de cincuenta y dos años). Lo que entonces sucedía subraya la ate-

³¹Sahagún, op. cit., V. y L. cit., C. XXIX, pp. 192-193. Debe, sin embargo, considerarse que, antes de arrojar el cautivo al fuego, los sacerdotes le echaban al rostro un polvo narcótico (el “yiauhtli”) para embotarle.

rradora convicción en que vivían los mexicas, de que su mundo era frágil y se hallaba siempre al borde de perecer, a menos que los dioses se aplacaran con verdaderos baños de sangre humana.

El día último de cada “siglo” podía sobrevenir el final del mundo que los aztecas habitaban: sería aniquilado como los que le habían precedido. Ese día fatídico, por ende, Tenochtitlán entera, desde el “Uei Tlatoani” hasta el último “macehualli” (campesino), se preparaba para la muerte. Los utensilios y demás enseres domésticos eran quebrados o arrojados a la laguna; los fuegos apagados; las casas, limpiadas cuidadosamente; se mantenía despiertos a los niños y bien guardadas a las mujeres encintas, pues —de lo contrario— aquéllos podían transformarse en ratones y éstas en monstruos...

Al anochecer, las miradas de todos convergían al cerro Uixachtecatpetl, cercano a la ciudad; algunos lo contemplaban desde las azoteas; otros, congregándose en sus faldeos. Allí, a una hora precisa, se sabría si los dioses coronarían el “fin del siglo” aniquilando el universo, al retirar al hombre el don del fuego y entregar la creación a los engendros de las tinieblas; o si, al contrario, le mantendrían subsistente, permitiendo que se encendiera el “fuego nuevo” y continuara la vida...

Así avanzaba la noche, en las densas tinieblas. El alto clero mexicana escrutaba el cielo desde la cima del Uixachtecatpetl. Apenas unas estrellas llamadas “mamalhoaztli” cruzaban el meridiano, llegaba el instante crucial. Mientras reinaba una tensión intolerable, los sacerdotes sacrificaban un cautivo escogido y, en su pecho recién abierto y ensangrentado, restregaban con frenesí dos trozos de madera, hasta generar el “fuego nuevo”...

Tan pronto ardía la llama en el pecho de la víctima, resonaba un grito universal de regocijo... Y mientras el “fuego nuevo” se repartía a todos los hogares de Tenochtitlán y aldeas vecinas, el mundo mexicana, trabajosamente, volvía a ponerse en movimiento. Los dioses se habían compadecido... momentáneamente. Mañana y siempre habría que mantener tal compasión mediante un continuado río de “chalchituatl”, el líquido precioso, el alimento de las divinidades: sangre humana.

“...el mundo había escapado una vez más a la destrucción. ¡Pero qué tarea tan pesada y sangrienta constituía para los sacerdotes, para los guerreros, para los emperadores, rechazar un siglo después de otro y un día tras otro el asalto perpetuo de la nada!”³².

³²Soustelle, op. cit., III, p. 108.

C) *El sacrificio humano, fundamento de la sociedad azteca.*

Cómo abastecer de víctimas a los dioses era la tarea primordial y principal del ser humano —pues con ella impedía el colapso del mundo— la sociedad azteca, lógicamente, se organizó para cumplir esa tarea. Podemos, entonces, afirmar con entera propiedad que el mundo mexica vivía en función del sacrificio humano.

Por eso, las clases sociales preponderantes eran la sacerdotal —ejecutora del sacrificio— y la guerrera, que proporcionaba las víctimas.

Tales castas no eran hereditarias: se hallaban abiertas —al menos hasta Moctezuma II— a todos los que dieran muestras de aptitudes para las funciones militares o sagradas. Prueba de que, para los mexicas, lo importante era mantener el sacrificio humano y no la clase social ni el principio hereditario.

Aún, nos atreveríamos a decir que el guerrero, proveedor de víctimas, era superior al sacerdote. Para el guerrero la gloria, las más bellas mujeres, las mejores tierras, el botín. Para el guerrero el derecho a usar vestiduras resplandecientes, tocados de plumas multicolores y maravillosos adornos en boca y narices. Para el guerrero muerto en el campo de batalla, o en el “téhcatl” enemigo, el mejor paraíso del más allá azteca: seguir el curso solar durante una eternidad feliz³³. El sacerdote era respetado como ejecutor del sacrificio y por sus conecciones divinas, conocimientos científicos y mágicos y vida austera. Pero el rey del mundo era el guerrero. Así, por todos los medios, la sociedad mexica, consagrada a aplacar los dioses sedientos de sangre, estimulaba a la pieza maestra, la piedra miliar de esta faena: el abastecedor de carne humana para el sacrificio.

Las demás castas —comerciantes, artesanos y campesinos— eran consideradas socialmente inferiores, pues carecían de relación directa con la tarea fundamental. El desarrollo de la riqueza trajo cierto ascenso social para comerciantes y artífices, pero este mismo ascenso llevó implícita una nueva demostración de lo que afirmamos. En efecto, el signo de que tales castas progresaban socialmente fue que se les permitió *ofrecer esclavos en sacrificio humano*, o sea, conectarse con la gran labor común: proveer al alimento divino. Así sucedió con los “pochteca” (altos comerciantes) y con diversos gremios artesanos; v.gr. los “Plumistas” de Amantlan.

Desde niño, el azteca que no aspiraba al sacerdocio —el cual li-

³³Significativo que sólo las mujeres muertas en el parto compartieran con los guerreros este paraíso solar: unos y otras habían sacrificado su existencia *para que la especie humana sobreviviese*.

mitaba pesadamente la vida personal, pues exigía conducta de austeridad ejemplar, incluso con voto de castidad— sabía que, si deseaba descollar, “ser alguien”, debería dedicarse a guerrero. Y que ser guerrero no significaba valor personal, ni astucia, ni estrategia, ni siquiera vencer... significaba fundamentalmente capturar prisioneros vivos para el sacrificio. Y, por último, que el guerrero poco afortunado en estas capturas perdería su “status” militar y rodaría cuesta abajo socialmente, convirtiéndose en humilde “macehualli” (campesino).

A los diez años, el niño mexica se cortaba los cabellos, dejando sólo un mechón de pelo que le caía sobre la nuca (“una vedija de cabellos en el cogote”): este mechón significaba que el mancebo no había capturado ningún prisionero, todavía. Desde que su portador llegaba a edad militar, la “vedija” representaba para él una humillación intolerable.

Hasta las mujeres se burlaban de él, diciéndole: “En verdad, he aquí uno que tiene los cabellos largos... ¡y se atreve a hablar! ¿No serás mujer como nosotros?” —Los jóvenes así afrentados fingían desdén, pero entre sí decíanse: “Las palabras de las mujeres son sangrientas, crueles; nos desgarran el corazón. Partamos, vayamos a ofrecernos como guerreros. Puede ser, amigos míos, que obtengamos una recompensa”³⁴.

El “melenudo” perdía el mechón infamante, pasando a ser un guerrero hecho y derecho, cuando capturaba por sí solo un prisionero.

Pero si lo aprehendía en unión de otros mexicas, entonces se rapaba al joven azteca únicamente media “vedija” y quedaba, por decirlo así, en observación: si, corriendo dos o tres batallas más, no conseguía sin ayuda ajena una víctima humana viva, era despojado de su categoría militar y degradado a “macehualli”.

Por eso, los sentimientos que experimentaban los padres de un guerrero novato, al saber que su hijo había capturado un prisionero, mas en común con otros militares noveles, eran una mezcla de alivio y aprensión; como los de padres modernos que supiesen su hijo ha aprobado un examen con la nota mínima. Los padres mexicas espetaban al retoño el discurso que sigue:

“El sol y la tierra te han lavado la cara: ya tienes otra, porque te atreviste y esforzaste a cautivar en compañía de otros. Mira que valdría más perderte y que te cautivasen tus enemigos, que no otra vez cautivases en compañía de otros; porque, si esto fuese, pondríante otra ve-

³⁴*Códice Florentino*, cit. por Soustelle, op. cit., V, pp. 185-186.

dija de la parte de la otra oreja, que parecieses muchacha, y más te valdría morir que acontecerte esto”³⁵.

Perdido el mechón, el joven mexica ascendía de grado entre los guerreros, según el número de cautivos que anotaba a su favor.

Con dos, le daban ya vestidos y tatuajes especiales, mando militar e intervención en la enseñanza de los futuros guerreros.

Con cuatro prisioneros, añadía a las anteriores prerrogativas aderezos para boca, narices y orejas y el derecho a sentarse en estrados honoríficos.

Con cinco víctimas —si éstas provenían de la valiente zona de Tliuhquitepec —el guerrero ya ostentaba un título glorioso: “Quauh-yacatl (“el águila que guía”). Además, le estaban exclusivamente reservados los siguientes adornos: un “barbote” (ornamento labial) largo, color verde; una borla para la cabeza, con listas de plata en la pluma; orejeras de cuero y tres mantas: una “rica”; la segunda a dos colores y la última con correas.

Finalmente, si las cinco víctimas venían de tierras heroicas, como Atlixco o Huexotzinco, el feliz guerrero añadía a las decoraciones precedentes dos largos barbotes más: uno de ámbar, amarillo, y otro verde, labrado en “chalchihuitl” (jade).

En cambio... ¡qué distinta suerte corría el joven guerrero que no lograba obtener víctimas! Dos amargos caminos se abrían ante él. O recuperaba el honor, perdiendo la vida en el campo de batalla o en el tajón enemigo; o bien pasaba a ser un despreciado “macehualli...” Sus antiguos amigos y compañeros ya no lo saludaban, o lo cubrían de nombres oprobiosos. Se le hacía “una corona en medio de la cabeza, que era suma afrenta... No le era lícito traer manta ni maxtle (taparrabos) de algodón, sino de ixtil (fibra de mangüey), y sin ninguna labor: esto era señal de villano”³⁶.

Repetimos que el guerrero, proveedor de víctimas para el sacrificio, tenía una privilegiada situación económica y hasta sexual en el mundo azteca. Pero hemos preferido detallar su preeminencia aparente, exterior, *social*, pues era el signo de todos sus otros privilegios. Y confirma que el pueblo mexica estaba organizado para y sobre el sacrificio humano, ensalzando a quien contribuía a tan macabra faena y envileciendo al que no se mostraba “a la altura” de ella.

La consagración social que experimentaba el azteca dedicado a

³⁵Sahagún, op. cit., V, II, L. VIII, C. XXI, pp. 95 y ss.

³⁶Sahagún, op. cit. loc. cit.

“carnicero de los dioses”, no tiene explicación razonable si no se hace hincapié en que el pueblo mexica era profundamente religioso.

Era un pueblo “misionero”, o sea, con una tarea religiosa que cumplir. En ese cumplimiento se concentraban todos sus esfuerzos, energías y actividades, sin excepción alguna: la educación, el trabajo, la guerra, el arte, la ciencia, el Imperio... constituían para los aztecas instrumentos de su misión divina. Y tal misión, ya lo hemos dicho, era mantener el orden cósmico, abrevando a los dioses de sangre humana.

El enfoque *exclusivamente* religioso de la vida es sobre todo visible en el arte mexica, como ha hecho notar Westheim. Tomad un códice azteca: los vivos colores no se hallan agrupados por combinaciones estéticas, sino sólo por sus significados mitológicos y místicos.

Comparad un mural maya anterior a la influencia nahua (Bonampak o Uaxactún), con otro *posterior* a ella (Chichén-Itzá). El primero es un homenaje a los *hombres* —guerreros, sacerdotes, príncipes— por él retratados. En el segundo, los hombres carecen de importancia, anonadados ante los *dioses*, que dominan la escena y le dan significación. El espíritu misional de los nahuas —que sería llevado al paroxismo por los aztecas— ha invadido el universo maya.

Ved ahora el altar de sacrificios llamado “piedra de Tizoc”, que conmemora los triunfos obtenidos por el emperador de ese nombre... ¡Extraña conmemoración! “... Nada de las batallas mismas, nada del hervidero de soldados; ni el avance de los aztecas, ni la desbandada de los enemigos”. Tampoco ninguna alusión al propio Tizoc. Sino únicamente quince figuras, casi idénticas: cada una representa un triunfo méxica; en cada una, se pinta un guerrero azteca que coge por el pelo a un enemigo. Esto significa victoria, pero victoria de los dioses no de los hombres. Y significa también cautivos, víctimas para apagar la sed divina. “Lo que se ensalza es el dios, no el hombre”³⁷.

Los aztecas se hallaban, luego, embebidos en su religión. Y como su religión consistía en aplacar a los dioses por medio del sacrificio humano, éste dominaba la vida social entera. Y quienes lo abastecían y realizaban eran los pilares de la comunidad.

D) *El sacrificio humano, fundamento del Imperio azteca.*

Las víctimas del sacrificio —hablando en términos generales, pues ocasionalmente el ritual exigía otra cosa— debían ser prisioneros de guerra. Sólo éstos proporcionaban un manjar adecuado para los dioses.

³⁷Westheim, op. cit., *La expresión pictórica*, p. 92.

Vimos que a las clases sociales que ascendían —artífices, comerciantes— se les permitía sacrificar esclavos. Pero esto constituía una mera tolerancia: a nadie se le ocurría reemplazar permanentemente los cautivos por esclavos. Hubiera sido ofender a los dioses. A mayor abundamiento, habría resultado muy caro y fuente de agitación en las clases bajas, siempre expuestas —por los azares económicos— a la esclavitud.

La necesidad continuada de prisioneros para el tajón impulsaba —y daba pretexto— a los aztecas para la guerra también continuada. Y fue tal guerra la que condujo, a través de los siglos, a la formación del Imperio mexica que hallaron los españoles.

La base del Imperio azteca es también, por consiguiente, el sacrificio humano.

Ello explica, además, una curiosa —y trascendental— característica del Imperio. A saber: que no quitaba su autonomía a los vencidos, limitándose a imponerles un tributo periódico. Y los aztecas procedían así por cuanto la autonomía del derrotado representaba para ellos la posibilidad de nuevas guerras . . . que los surtían de víctimas.

El inmenso Imperio mexica se hallaba, pues, en continuada efervescencia. La autonomía de sus partes integrantes, combinada con los pesados tributos e innumerables vejámenes que imponían los aztecas, eran fuentes de repetidas rebeliones. Y los mexicas recibían encantados tales estallidos. Ellos significaban guerra y la guerra, gloria y víctimas.

Es, entonces, un hecho históricamente comprobado —aunque paradójal— que la agitación anti-azteca reinante en el Valle a la llegada de Cortés era, de cierto modo, permitida y hasta deseada por los mexicas. Si bien, según veremos pronto, en ese momento preciso dicha agitación parece había alcanzado un paroxismo.

Esta pasión por la guerra y por la caza de víctimas es el motivo de que los aztecas permitiesen subsistir, junto a sus centros vitales, tribus enemigas independientes, como la “república” de Tlaxcala. Es evidente que el Imperio hubiese destruido a esas tribus sin mayores dificultades, caso de habérselo propuesto seriamente. Si no lo realizó fue —como explicaba Moctezuma II, aludiendo a Tlaxcala— para mantener bien provistos a los dioses.

La necesidad de guerra llegó a tal punto que, cuando no había causas o pretextos que las justificasen, simplemente se acordaba la guerra entre dos naciones vecinas . . . tal como hoy se conviene en celebrar un encuentro deportivo. Tales fueron las “guerras floridas”: “xochiya-

oyotl”, pactada entre la alianza Tenochtitlán-Tlacopán, por una parte, y por la otra Tlaxcala, Cholula, y Huexotzinco. Ello sucedió hacia mediados del siglo XV, convencidos todos los participantes de que los dioses se hallaban molestos por la parquedad de los sacrificios humanos. La “xochiyaoyotl” tenía un objeto único y confeso: permitir la captura recíproca de víctimas para el “téhcatl”.

De esta manera, el sacrificio humano no sólo se encuentra en los cimientos de la sociedad azteca, sino también es la piedra angular del imperio mexica.

E) “Disimulando” los sacrificios humanos.

Hemos topado ya con quienes niegan la decadencia mexica y suponen a la civilización azteca, al sobrevenir el golpe español, en pleno apogeo.

Estos mismos historiadores deben disminuir la importancia de los sacrificios humanos entre los mexicas. Efectivamente, es imposible imaginar una cultura floreciente dedicada con tales bríos y saña al sangriento ritual... más aún, *fundada* sobre él. Vienen entonces los esfuerzos para disimular su trascendencia, y se dicen cosas como las que siguen:

I) “... La idea de sacrificar preciosas posesiones para alcanzar tales fines (conservar la existencia humana y asegurar el bienestar del hombre) debe haber conducido a la ofrenda del más preciado de todos los dones: la vida humana... Estos ejemplos de sacrificios humanos se presentan abundantemente en los sistemas religiosos del mundo, y nosotros conservamos en nuestra propia cultura el concepto del martirio, ya se realice por medios voluntarios o involuntarios, como un acto de virtud. El hermosísimo ejemplo del Salvador transmuta a los planes espirituales más altos la idea del sacrificio por el bien de la humanidad”³⁸.

Lo malo del argumento reside en que los mártires, y Cristo desde luego, ofrecieron en sacrificio sus *propias* vidas, mientras los aztecas ofrecían las *ajenas*. Y como en el cuento famoso... ¡viva la pequeña diferencia!

II) “El sacrificio humano no se hacía con el objeto de causar un daño al sacrificado” —esto no merece comentarios— “ni por crueldad o venganza”³⁹.

³⁸Georges Vaillant, *Civilización Abteca*, XI, p. 189.

³⁹Alfonso Caso, *El Pueblo del Sol*, p. 95.

Por de pronto, no se percibe en qué mejorarían las cosas con tales falta de crueldad, y ánimo vengativo.

Y luego, pase la ausencia de espíritu vengativo, pero crueldad había, y mucha. Crucificar o ahogar niños; desollar; asaetear; quemar vivo; arrancar corazones todavía palpitantes... son faenas que exigen sevicia, cualesquiera que sean los pretextos simbólicos o religiosos invocados.

III) "...Cada cultura tiene su noción particular de lo que es cruel y de lo que no lo es. Los romanos, en su época de mayor brillo, vertían más sangre en sus circos y con fines de diversión de la que los aztecas vertieron jamás ante sus ídolos. Los españoles, que tan sinceramente se emocionaron por la crueldad de los sacerdotes indígenas, a su vez hicieron matanzas, quemaron, mutilaron y torturaron con una imperturbable tranquilidad de conciencia. Aún nosotros... hemos tenido ante nuestros ojos, en nuestra época, a pueblos civilizados que organizan la exterminación sistemática de millones de seres humanos y preparan armas capaces de aniquilar, en un segundo, cien veces más víctimas de las que el Imperio azteca sacrificó jamás"⁴⁰. Otra variante sobre el mismo tema: "...una de las tantas aberraciones que reviste el sentimiento religioso en la historia de la humanidad y que, partiendo de falsos supuestos, que se consideran evidentes, puede conducir, con todo lógica, a las más terribles consecuencias. Quemar herejes en esta vida para ahorrarles el sufrimiento del fuego eterno en el infierno, destruir a individuos que se consideran de una raza inferior, para no contaminar a la raza aria, etc., son otros tantos ejemplos que abundan en la historia de las religiones"⁴¹.

Este tipo de argumentos presenta varios defectos, que sería largo analizar. Pero el esencial es que se pretenda "disimular" los sacrificios humanos, de manera apasionada y anti-histórica: un ciego enamoramiento, que oculta o distorsiona las realidades.

Pues quienes así arguyen omiten la característica más importante del sacrificio humano azteca, que lo hace —creemos— *único* en la historia. Tal característica no es la crueldad (por desgracia, la crueldad no ha sido ni es monopolio de nadie); ni el número de las víctimas ni la muerte por motivos religiosos o por simple diversión... todo esto ya se ha visto y sigue y probablemente seguirá viéndose. Pero lo que *singulariza* el sacrificio humano azteca es su *fundamentalidad*. El

⁴⁰Soustelle, op. cit., III, p. 104.

⁴¹Caso, op. cit., p. 96.

circo es un accidente para Roma; las hogueras inquisitoriales, un accidente para el catolicismo español. Mas —acabamos de comprobarlo— la sociedad y la religión aztecas se hallan edificadas sobre la víctima racional: para inmolarla viven; inmolarla es su tarea favorita, primera y principal... ¿Cómo no palpar diferencia tan terrible y sustancial, entre la aberración *incidente* y la aberración *sistema*? — El incidente pasa; el sistema sella a una sociedad. Roma puede vivir sin gladiadores; la Iglesia sin autos de fe... los aztecas no pueden vivir sin sacrificios humanos. Si los suspendieran, el mundo perecería destrozado por los dioses hambrientos.

IV) "...entre víctimas y sacrificadores no existía... sino... una extraña fraternidad o —los textos lo establecen así— una especie de parentesco místico. El prisionero, completamente seguro de su destino y preparado desde su niñez para aceptarlo, se inclinaba estoicamente. Es más: si se le ofrecía una clemencia contraria a su destino y a la voluntad de los dioses, la rehusaba"⁴². Caso reitera este concepto de que el prisionero prefería morir en el tajón a la libertad pues —explica— "se consideraba elegido por el Sol; su derrota no podía atribuirse a causas naturales; no eran su fortaleza ni su valor los que habían fallado, sino que se había mostrado la voluntad del dios, haciéndolo caer prisionero, y él no podía huir ni libertarse sin contrariar la voluntad divina"⁴³.

Aquí sorprendemos, nuevamente, el delito flagrante de "disimular" los sacrificios humanos... Víctimas y verdugos emparentados místicamente y las primeras ansiando la muerte y rechazando la libertad: ¿podrá ser verdad tanta belleza?

Laurette Sejourne no lo cree. Para ella, las clases dirigentes de las ciudades-estados en el Valle, se entendían bajo cuerda ("se saludaban secretamente", dice una historia indígena): la "necesidad cósmica del sacrificio humano" era sólo un "slogan ideal" para mantener la guerra incesante, que sostenía el prestigio y la prosperidad de esas clases. Pero ellas no creían, naturalmente, en el "slogan": "No se ve jamás a los señores aztecas impacientarse por alcanzar la gloria solar en nombre de la cual mataban a la humanidad... Si hubieran creído auténticamente que la única finalidad de la existencia era hacer don de su vida, el sacrificio no hubiera quedado limitado a... esclavos y prisioneros... sino que hubiera sido exclusivo de la *élite*". "Los señores

⁴²Soustelle, op. cit., loc. cit., p. 105.

⁴³Caso, op. cit., p. 98.

aztecas... no podían considerar el asesinato ritual más que como una necesidad política”⁴⁴.

Esta tesis, sin embargo, nos parece excesiva: supone en las castas guerreras y sacerdotales mexicanas un cinismo abismante, del cual no hay suficiente prueba.

Creemos que, para las élites del Valle, la “necesidad cósmica del sacrificio humano” era una verdad inconcusa y que algunos miembros de dichas élites, por esa verdad, podían morir estoicamente sobre el “téhcatl” enemigo. Así se explican historias como la del mexica Tlacahuepan, que rehusó de sus captores chalcas tierras y honores, y se suicidó cuando le negaron el sacrificio. O la del tlaxcalteca Tlahuicole que, preso por los mexicas, recibió el mando de una expedición contra Michoacán: vuelto de ella vencedor, exigió y obtuvo ser sacrificado. O la del caudillo Tarícuari, de Michoacán, que —al saber la prisión e inminente sacrificio de su hijo— “holgóse mucho y dijo: Sí, sí, mucho placer tengo, ya he dado yo de comer al Sol y a los Dioses del Cielo”⁴⁵.

Pero sentimientos tan extraordinarios, por su propia naturaleza debieron ser excepcionales. Resulta absurdo querer cohonestar con ellos el asesinato ritual. Casos aislados, como los vistos, de fanatismo autodestructivo, no autorizan para pensar que los inmolados, por lo general, muriesen en otra forma que presas de pavor y desesperación. Así lo indican, además, las costumbres de embriagar y narcotizar a las víctimas, o la de arrastrarlas por el cabello, “teocalli” arriba, cuando flaqueaban sus fuerzas en el postrer ascenso.

Soustelle pinta “las mujeres que danzaban y cantaban *flemáticamente* en tanto que, tras ellas, los sacerdotes vestidos de obscuro aguardaban el momento de abatir sus cabezas como las mazorcas de maíz que se cortan de las plantas”. Pero ésta es una escena romántica; la precisa realidad nos la ha dejado Sahagún:

“Antes que matasen a esta mujer hacíanla danzar y bailar, y formábanla el son los viejos, y cantábanle los cantores y andando bailando,

⁴⁴Sejourné, op. cit., I, 43.

⁴⁵Relación de Michoacán, cit. por Corona, José: *Mitología Tarasca*, XVI, p. 58.

Pero es indiscutible que las altas castas del Valle mantenían, pese a su enemistad, relaciones ocultas: así se desprende de los textos que cita L. Sejourné y de otras numerosas fuentes indígenas (v. gr. Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*). El problema reside en dilucidar si tales relaciones indican, como cree L. Sejourné, una descarada explotación del asesinato ritual, o bien sólo un “sentido caballeresco” de la guerra. Nosotros pensamos esto último.

lloraba, suspiraba y angustiábase viendo que tenía tan cerca la muerte. Esto pasaba hasta el mediodía o poco más. Ya que el sol declinaba hacia la tarde, subíanla al Cu (templo) de Huitzilopochtli...⁴⁶. Sabemos lo que seguía.

También Sahagún nos relata el desfile de los esclavos que marchaban al sacrificio:

"...Iban así cantando con muy alta voz, que parecía que rompía el pecho... Y algunos que tenían gran corazón comían, y otros no podían comer, con la memoria de la muerte, que luego habían de padecer..."⁴⁷.

Se nos dirá que este desánimo era propio de esclavos o mujeres, pero que los prisioneros de guerra mantenían frente a la muerte una actitud estoica. Sin embargo, Sahagún —describiéndonos el "sacrificio gladiatorio", reservado a los cautivos más valerosos —dice:

"Algunos de los cautivos, viéndose sobre la piedra atados, luego desmayaban y perdían el ánimo, y como desmayados y desanimados tomaban las armas, mas luego se dejaban vencer y les sacaban los corazones sobre la piedra. Algunos cautivos había que luego se amortecían como se veían sobre la piedra atados, echábanse en el suelo sin tomar arma ninguna, deseando que luego les matasen y así los tomaban echándolos de espaldas sobre la orilla de la piedra"⁴⁸.

Así se desintegra el mito del "parentesco" víctima-verdugo, del prisionero estoico rechazando desdeñosamente la vida y ofreciendo —poco menos que con sus propias manos— su corazón bullente a los dioses carniceros... Igual que los mexicas cubrían de adornos y pintaban con vívidos colores a sus víctimas, algunos historiadores quieren disimular con disfraces heroicos el asesinato ritual. Pero éste es lo que es, y el cronista impasible y verídico nos lo ha registrado hasta en sus más crueles y degradantes detalles, para que nadie pueda engañarse ni engañar:

"...Y metíanlos (a los cautivos) en una casa, donde los guardaban con gran diligencia. A los hombres ataban una sogá por medio del cuerpo y cuando salían a orinar los que los guardaban, teníanlos por la sogá porque no se huyesen".

⁴⁶Sahagún, op. cit., V. I, L.II, C. XXVI, pp. 174-175. Soustelle, op. cit. III, p. 106.

⁴⁷Sahagún op. cit., V. y L. cit., C. XXXIV, p. 217.

En nota 1 a la p. 142 de este V., el prologuista, Miguel Acosta Saignes, dice que en México, al revés de lo que sucedía en Occidente, los esclavos "no se convertían en *cosa*, de la cual podía usar y abusar el dueño".

⁴⁸Sahagún, op. cit., V. y L. cit., C. XXXVII, pp. 233-234.

F) *Los sacrificios humanos y la crisis del mundo azteca.*

Las páginas anteriores prueban que el sacrificio humano no fue, para los mexicas, un fenómeno aislado ni superficial, sino el cimiento mismo de la sociedad y del Imperio aztecas.

El dramático “crescendo” del asesinato ritual debía conducir y condujo a una rebelión en masa contra los mexicas, por varias razones que, bien miradas, son fundamentalmente una sola:

I) Por una parte, tenemos el carácter particularmente odioso de los tributos en carne humana.

Los pueblos del Valle —que hubiesen aceptado, quizá, cualquier tipo de opresión económica— no podían, en cambio, tolerar, ni aún a regañadientes, que el Imperio azteca les diezmasse la flor de sus hijos, para ofrecerla a los dioses sanguinarios. Esto tenía que ser fermento de continuada agitación anti-mexica y así sucedió.

Nótese que los aztecas imponían esta sangrienta gabela hasta a pueblos sometidos con los cuales no se hallaban en guerra. Por ejemplo, Moctezuma II pretendió castigar a los totonacas de Cempoal, a causa de haber recibido a Cortés y a sus hombres, con un tributo de veinte víctimas destinadas al “téhcatl”. O bien el tributo consistía en atacar a otros pueblos, a fin de conseguir un determinado número de prisioneros de guerra, que se entregaban a Tenochtitlán para el sacrificio.

II) Luego, los mexicas exigían a los vencidos una contribución económica desmesurada y que, año a año, crecía con extrema rapidez.

Ello, por cuanto los pueblos subyugados debían sostener las castas guerreras y sacerdotales de Tenochtitlán, económicamente improductivas.

“Sólo mantener al “Uei Tlatoani” y a su fabulosa corte era un peso abrumador. Ya hemos visto el lujo de los palacios, jardines y zoológicos de Moctezuma II. Añádase su personal: un ejército privado; doscientos nobles para atender directamente al emperador; innumerables servidores y esclavos; cantidad increíble —tres mil, dicen algunos— de concubinas; músicos; poetas; juglares; orfebres; plumistas... ¡toda esta multitud habitaba el palacio, comiendo y subsistiendo a costa de Moctezuma! Vale decir: a costa de los indios tributarios.

Y no era una vida sobria ni mesurada la que llevaban el “Uei Tlatoani” y su séquito: cada comida de Moctezuma II, v. gr., constaba de doscientos platos para que el monarca eligiese, con otras tantas bebidas. Los vasos eran de oro, o bien cocos o conchas guarnecidas de materiales preciosos. Los platos eran alfarería muy fina; ellos y la man-

telería se usaban *una sola vez* y luego se regalaban. La esplendidez del emperador —ya sabemos a qué costillas— era ilimitada: Cortés, alojado en el palacio de Axayacátl junto con sus hombres, ordenó que cada uno de éstos sólo tuviese una india para su servicio, en vez de las dos o tres que ordinariamente le seguían. Quería con ello aliviar a Moctezuma II la mantención del ejército invasor. Pero el monarca, al saberlo, se ofendió y dispuso al instante que los españoles conservaran sus indias sin disminución alguna y con mejor alojamiento y doble ración alimenticia.

Los tributos no sólo sustentaban al emperador y a su corte, sino también a la nutridísima casta guerrera —que miraba despreciativamente todo trabajo que no fuera ejercitar las armas— y a la no menos numerosa casta sacerdotal: se afirma que únicamente el servicio del “teocalli” mayor empleaba cinco mil sacerdotes y auxiliares. Los tributos costearon los esplendores del culto; las obras públicas y las larguezas imperiales al populacho, en épocas de crisis...

Y a pesar de tanto gasto, *sobraban tributos*. Armas, mantas y alimentos —especialmente granos— proveídos por los pueblos subyugados se acumulaban en inmensos depósitos. Y Axayacátl pudo reunir, y Moctezuma II conservar (para los españoles...) un tesoro secreto calculable en seis o siete mil millones de pesos chilenos.

Al año, llegaban a Tenochtitlán, por concepto de impuestos, casi veinte mil toneladas de maíz y otros granos y unos tres millones de prendas de vestir. Es probable que los tributos alcanzasen para mantener a la población íntegra de la ciudad.

Es menester concluir, con Westheim, que los aztecas imponían a los pueblos vencidos impuestos “exorbitantes, que llegaban al límite de lo imposible y a veces lo rebasaban”⁴⁹.

⁴⁹Westheim, op. cit., *Los totonacas*, p. 235. Sin embargo Víctor Von Hagen, *The Aztecs*, dice —ignoramos con qué fundamento— que los tributos eran “moderados”.

N. Molins: *El Códice Mendocino y la economía de Tenochtitlán*, passim.

Se calcula que una “carga” (veinte unidades) de prendas de vestir, equivalía a la subsistencia anual de un indígena mexicano (Soustelle, op. cit., II, p. 91); por ende, sólo en ropas Tenochtitlán recibía impuestos suficientes para sustentar a ciento cincuenta mil personas.

El alimento diario que recibía un indio mexicano, puede apreciarse en seiscientos gramos de maíz; o sea, doscientos diecinueve kilogramos al año. Como el tributo en maíz que llegaba a Tenochtitlán bordeaba las siete mil toneladas anuales, representaba la manutención de treinta y cinco mil personas, aproximadamente (ver Morley, *Civilización Maya*, C. VIII, p. 177. Hoy por hoy, el alimento diario del indígena mexicano continúa en las mismas líneas: Roberto de la Cerda, *Los indígenas mexicanos de Tuxpán, Jalisco*, “Cultura material”, p. 31).

III) Estas pesadas gabelas precisaban un sistema de percepción, que fue organizado por los aztecas con singular maestría. El "Códice Mendoza" nos ha conservado la "matrícula" de los impuestos: listas de pueblos dominados, con los tributos de cada cual.

Pues bien, el sistema de cobro dio origen a unos personajes que agudizaron el odio anti-azteca: los "calpixques", o recaudadores, que añadieron vejámenes personales al peso agobiante de los tributos. No tiene desperdicio la descripción que hace Bernal de tales "calpixques" llegando a Cempoal:

"Venían cinco mexicanos, que eran los recaudadores de Moctezuma, y como los vieron se les perdió (a los totonacas de Cempoal) la color, y temblaban de miedo, y dejan solo a Cortés, y los salen a recibir, y de presto les enraman una sala, y les guisan de comer, y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben: y cuando entraron en el pueblo los cinco indios... pasaron con tanta continencia y presunción, que sin hablar a Cortés, ni a ninguno de nosotros, se fueron y pasaron adelante, y traían ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera... y el cabello lucio y alzado como atado en la cabeza y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traían otros indios como criados, y cada uno con un bordón con un garabato, en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua totonaca...".

Los "calpixques" abusaban escandalosamente de su poder. Al llegar a cada pueblo, los españoles oían la misma letanía monótona y horrible de los desaguisados cometidos por los recaudadores: "...que les robaban cuanto tenían, y las mujeres e hijas, si eran hermosas, las forzaban delante de ellos, y de sus maridos, y se las tomaban, y que les hacían trabajar, como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas, y por tierra madera de pino, y piedra, y leña, y maíz, y otros muchos servicios de sembrar maizales, y les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, y otras muchas quejas..." (Bernal Díaz, XLVI y LXXXVI).

Miradas con detenimiento estas causas de efervescencia anti-mexica, tienen todas un solo nombre: sacrificios humanos.

El asesinato ritual llevaba a diezmar los pueblos vencidos, para abastecer de "chalchihuatl" a los dioses.

El asesinato ritual conducía a agobiar a los derrotados con tributos, a fin de mantener las castas consagradas a la tarea fundamental: el sacrificio.

El asesinato ritual impedía que la dominación azteca dejara de ser una intolerable máquina opresiva, para adquirir la forma clásica de

un imperio: es decir, un cierto intercambio de beneficios entre dominantes y dominados.

Y finalmente el asesinato ritual —según vimos— conducía a que los mexicas no hiciesen el menor esfuerzo para mejorar esta situación, pues ella significaba guerras, y las guerras... sacrificios, otra vez asesinato ritual.

Pero hay más. Hay indicios de un fenómeno verdaderamente trascendental, que —a nuestro juicio— tiene un peso decisivo en la ruina azteca. A saber: el nacimiento y desarrollo, entre los indígenas del Valle, de una conciencia moral contraria al sacrificio humano. Este, con sus propios y cada vez mayores excesos, va subrayando su horror intrínseco y generando una opinión pública adversa. El español adquiere así una ventaja fundamental sobre el azteca: ambos pueden parangonarse, quizá, en cuanto a crueldad; opresión económica y tratamiento de las mujeres... *Pero el hispano no sacrifica*. Y tal ventaja vuelca en su favor las preferencias de los indígenas; aún, es posible, las simpatías de sectores mexicas...

Veamos ahora los indicios de una conciencia moral, de una “opinión pública” contraria al sacrificio humano:

A) El primero lo hallamos en la mitología del Valle: es la significativa leyenda de Quetzalcoátl, la “Serpiente Emplumada”, y de sus enemigos.

Quetzalcoátl es la única divinidad *totalmente* benéfica del panteón indígena. Los otros dioses, a veces son malévolos y a veces benignos. Y para mantenerlos en este último estado de ánimo, se precisan ríos de sangre humana. La “Serpiente Emplumada” no; su inclinación hacia el hombre es siempre cordial.

Quetzalcoátl —probablemente un antiguo personaje histórico, deificado— era objeto de universal adoración en el Valle. Era sin duda el primero entre los dioses, y se le atribuía haber hecho al hombre maravillosos regalos: él inventó las matemáticas, la astronomía, el calendario. El descubrió el maíz. El enseñó a pulir y tallar el jade; a tejer algodón y a fabricar los deslumbrantes mosaicos de plumas. En su tiempo, la abundancia no tenía límites:

“...calabazas muy grandes, de un brazo de redondo... mazorcas de maíz tan grandes, que se llevaban abrazadas: con ellas calentaban los baños como con leña... cañas de bledos: subían por ellos como por árboles... algodón de todos colores: colorado, encarnado, amari-

llo, morado, blanquecino, verde, prieto, azul, pardo, anaranjado y leonado...⁵⁰.

Este noble dios, sin embargo, presenta otra extraordinaria característica: es una divinidad *ausente*. Los demás dioses lo han expulsado: ¿por qué?

Los textos son precisos. La “Serpiente Emplumada” aborrecía los sacrificios humanos y se negaba a practicarlos, “porque mucho amaba él a sus vasallos”, dice el *Códice Chimalpopoca*; Sahagún confirma que sólo sacrificaba culebras y mariposas.

Los demonios —agrega el “Códice” referido— primero intentaron convencer a Quetzalcoátl de que debían sacrificar seres humanos. Al no obtenerlo, se alarmaron. Temían el apoyo popular a la “Serpiente”: “Parece —se decían— *que el pueblo observa el modo con que vivimos*”. ¡Indicio capital! Los dioses sanguinarios, entonces, tramaron una conspiración para perder a Quetzalcoátl: le embriagaron con “pulque” (bebida de magüey fermentado) y el dios ebrio cometió el pecado carnal con su propia hermana. Avergonzado, huyó a la costa: allí hizo encender una hoguera y en expiación se arrojó a ella. Desapareció así la “Serpiente Emplumada”, no sin antes predecir que él y sus descendientes regresarían a señorear la tierra⁵¹.

Las fuentes nos conservan también el nombre del principal “demonio”, enemigo de Quetzalcoátl; el nombre de quien discurrió la trampa del “pulque” y perdió a la “Serpiente”: era Tezcatlipoca, el “dios de dioses” indígena, cuya importancia en el panteón del Valle rivalizaba con la de Quetzalcoátl y cuyo perverso humor contra los seres humanos era proverbial...

Westheim define la religión mexicana como un dualismo semejante al maniqueo: eterna lucha entre el principio bueno, constructivo, representado por Quetzalcoátl, “el dios blanco”, y el principio nocivo y destructor, simbolizado por el negro Tezcatlipoca, el “más malo” de los dioses⁵².

Esta historia se halla constelada de hechos sugestivos, que indican a las claras una poderosa corriente enemiga del asesinato ritual entre los indígenas del Valle:

⁵⁰Sahagún, op. cit., V. I, L. III, pp. 295-296.

⁵¹*Códice Chimalpopoca*, cit. por Gonçalves, Oswaldo: *Magüey y pulque en los Códices Mexicanos*, VIII, p. 80. Chavero, Alfredo: *Explicación del Códice Jeroglífico de M. Aubin*, en Apéndice a la *Historia de las Indias de Nueva España*, de Durán, Vol. II, p. 71.

⁵²Westheim, *Arte Antiguo de México*, Parte I, C. I.

1.— La divinidad y personaje legendario más importante del Valle pre-colombino, cuya imagen —la serpiente emplumada— “poseyó... la misma fuerza de evocación que el Crucifijo para la Cristiandad”⁵³ y que abrió la era náhuatl como Jesús la cristiana, era decidido enemigo del sacrificio humano.

2.— Esta aversión al asesinato ritual, condujo a un conflicto con otros dioses partidarios de él. El triunfo de las divinidades sanguinarias significó el exilio de Quetzalcoátl; la entrega de la especie humana al sacrificio. Pero con una promesa de redención: el regreso de la “Serpiente Emplumada”.

3.— Los vencedores de Quetzalcoátl son presentados como perversos, como “demonios”, incluso Tezcatlipoca, el “dios de dioses”.

Por eso, con entera propiedad, se puede decir que los indígenas se sentían “endemoniados”: es decir, abandonados a la merced de dioses malévolos, por la derrota y exilio del dios benéfico: Quetzalcoátl. Y el signo de la “posesión demoníaca” era el asesinato ritual. De éste no se libraría el hombre sino al volver Quetzalcoátl.

B) Después de la “Serpiente Emplumada”, el personaje —ya absolutamente histórico— más popular del mundo indígena era sin discusión Netzahualcoyotl, el rey poeta y filósofo de Tezcoco, precursor del monoteísmo y contemporáneo del monarca azteca Itzcoatl.

Pues bien, Netzahualcoyotl *también era —según su leyenda— enemigo de los sacrificios humanos.*

Decían las tradiciones que Netzahualcoyotl no practicaba sacrificios humanos. Su sacerdotes achacaban a esta “tibieza” las desgracias que afligían al rey. A saber: la falta de hijo legítimo para sucederle en el trono y la imposibilidad de someter al viejo y ciego cacique de Chalco, Tocitecuhtli.

Impresionado por los argumentos de los sacerdotes, Netzahualcoyotl cedió, inmolando víctimas humanas a los dioses para obtener heredero y la humillación de Tocitecuhtli.

Al instante las cosas, en vez de mejorar, empeoraron... El rey no sólo continuó sin descendencia legítima, sino que perdió sus hijos naturales, capturados en una emboscada por Tocitecuhtli. Quien les arrancó los corazones y —engastados en oro— “se los puso como gargantilla a la garganta”; mientras los cuerpos infelices servían, en la sala de recepciones del sanguinario cacique, como porta-antorchas: sujetaban

⁵³Sejourmé, L.: op. cit., I, p. 32.

unas "cucharas de hierro" con "dialtea, que ardía y alumbraba la estancia"⁵⁴.

Terrible fue la aflicción de Netzahuacoyotl: había atropellado su propia conciencia y nada había logrado con ello. Abandonó horrorizado el asesinato ritual y —dice la leyenda— llegó a prohibirlo bajo severas penas, volviendo sus ruegos al dios único y desconocido... el "Tloque Nahuaque". El cual dio a Netzahualcoyotl lo que las deidades sanguinarias no le habían podido dar: heredero y la cabeza de Tocitecuhtli.

Parece que la leyenda no es más que eso: una leyenda y que el rey-poeta —si bien moderó los sacrificios humanos— no los suprimió, ni mucho menos. Pero lo sugestivo es que tal leyenda exista...: muestra, como la de Quetzacoátl, una sorda oposición al asesinato religioso, difundida en el mundo indígena del Valle de México.

C) Entre los totonacas, hallamos otro indicio del mismo fenómeno. Ha sido señalado por Westheim.

Se lee en Torquemada que los aztecas obligaban a sus vasallos totonacas a "que sacrificasen hombres, lo cual tenían por grandísimo tormento, y si les obedecían y sacrificaban hombres era por el temor horrendo que les tenían y espanto que les causaban cuando faltaban en el dicho sacrificio muertes de hombres, por las muchas amenazas que les hacían y daños que de ellos recibían".

Naturalmente, la información proviene de los totonacas.

Lo curioso es que el dato no responde a la realidad: las investigaciones modernas demuestran que, desde tiempos muy remotos, los totonacas sacrificaban. Esta, según he dicho, era una costumbre universal del Valle, aunque *en pequeña escala*. Los aztecas transformaron este horror reducido en un horror desmesurado, generando así, como en el caso que estamos viendo, una aversión tan profunda al asesinato religioso que llegaba a imputarlo enteramente a los mexicas, olvidando prácticas sacrificiales propias de antiquísima tradición.

"Es bien posible —comenta Westheim— que los totonacas de Cempoal se hayan horrorizado ante los excesos del culto a Huitzilopochtli, ante las proporciones que los sacrificios humanos iban tomando entre los aztecas en los últimos decenios de su imperio. No podemos pasar por alto que una de las grandes pirámides de Cempoal estaba consagrada a Quetzalcoátl... La estructura de la pirámide... insinúa

⁵⁴Ixtlilxóchitl, op. cit., V. I., pp. 241 y ss. *Sumaria Relación...*, pp. 194 y ss.

que, en las últimas centurias anteriores a la conquista, había penetrado en Totonacapán el nuevo culto a Quetzalcoátl. . .”⁵⁵.

D) También hay pruebas de que el horror a los sacrificios humanos cundía en Tlaxcala.

Cuando Cortés se hallaba a las puertas de la capital tlaxcalteca, reinaba en ésta gran confusión sobre la naturaleza de los misteriosos españoles. Para investigarla, los tlaxcaltecas enviaron una embajada a don Hernán, con los más variados presentes: cinco indios gordos, plumas, aves de corral, pan de maíz, incienso y frutas. El licenciado Cervantes nos ha conservado el discurso que acompañó la entrega de los obsequios al español:

“*Si eres dios de los que comen sangre y carne, cómete estos indios y traerte hemos más; y si eres dios bueno, ves aquí incienso y plumas; y si eres hombre, ves aquí gallinas y pan y cerezas*”⁵⁶.

La distinción es clara y decidora.

E) Igualmente decidora es la gran popularidad de Cortés entre los indígenas, durante toda su vida, popularidad de la cual quedan pruebas documentales irrefutables.

Es un hecho que los indios del Valle acudían a Cortés en forma continua, a veces desde muy lejanos puntos, para que el caudillo español fallase sus pleitos internos, aún cuestiones tan delicadas y trascendentales como la sucesión de los cacicazgos.

Cuando Cortés regresó a México de su fracasada expedición a Honduras, no tenía ningún poder político: sus falsos amigos: “el factor y el veedor”, se lo habían usurpado. Mas su sola presencia lo restituyó al mando, especialmente por la clamorosa recepción de los indios. Oigamos cómo la narró Bernal Díaz, testigo presencial:

“...y como lo supieron (el arribo de Cortés) todos los indios de la redonda, tráenle presentes de oro, y mantas, y canoas, y gallinas, y frutas, y luego se partió de Medellín, y yendo por su jornada le tenían el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas, y con muchos bastimentos para Cortés, y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mexicanos hicieron de alegría, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y se le enviaron al camino gran presente de joyas de oro, y ropa, y gallinas, y todo género de frutas de la tierra, que en aquella sazón había, y le

⁵⁵Westheim, op. cit., *La zona del Golfo —Los totonacas*, pp. 236 y ss. Allí mismo se puede ver la cita de Torquemada.

⁵⁶Referencia de la Nota 27. También en López de Gó nara: *Historia de las Indias*, Parte II^a, p. 94.

enviaron a decir que les perdone, por ser de repente su llegada, que no le envíen más, que de que vaya a su ciudad, harán lo que son obligados y le servirán como a su Capitán, que los conquistó, y los tienen en justicia: y de aquella manera misma vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlaxcala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a recibir con danzas, y bailes, y regocijos, y muchos bastimentos...” (CXC).

En parte, tal simpatía se debió sin duda a la recia personalidad del conquistador.

Pero en otra parte, quizás tanto o más importante, pudo originarse en que Cortés liberó al Valle de los sacrificios humanos. No olvidemos que Cortés fue el más empecinado enemigo del asesinato ritual. Su primera preocupación, al entrar a una ciudad indígena, era rescatar a las víctimas que esperaban turno; destruir los templos nauseabundos y las espantables imágenes y vedar los sacrificios. Su mente astuta, diplomática, renacentista, le indicaba que cometía una imprudencia; sus propios soldados sonreían escépticos... ¡hasta los sacerdotes españoles le urgían a no precipitarse, a andar en esto con pies de plomo! Pero don Hernán, poseído por un imperativo más fuerte que todo, seguía adelante impertérrito...

Así, quizás la identificación Cortés-Quetzalcoátl no se originó tanto en detalles físicos—barba, color de la piel— como en que ambos combatían el sacrificio humano. Y si relacionamos esta característica de Cortés con su popularidad entre los indígenas, llegamos a la misma conclusión que venimos analizando: la existencia de una “opinión pública” contraria al sacrificio religioso en los indígenas del Valle.

F) Por último, dicha conclusión se confirma por la rápida desaparición de las creencias religiosas mexicas, después de la conquista, y por el triunfo fulminante y abrumador del cristianismo. Bastaron pocos años para que todo el inmenso panteón azteca, su elaborado y deslumbrante ritual y la nutrida casta de sacerdotes, fueran sólo un recuerdo... El amor de los indios por el clero católico era conmovedor: cuando murió Fray Bartolomé de Olmedo, compañero de Cortés, los naturales estuvieron “todo el tiempo desde que murió hasta que le enterraron, sin comer bocado” (Bernal Díaz, CLXXXV). “La conversión fue tan popular, que las iglesias resultaron pequeñas para contener a los creyentes —escribe Vaillant— y varios templos conventuales, como los de Acolman, Actopan y Tlalmanalco, tenían capillas abiertas frente a un gran atrio, para dar cabido a conversos que se reunían literalmente por decenas de miles”.

Apenas medio siglo después de la conquista, Bernal Díaz (CCIX) pintaba un cuadro impresionante de como prosperaba la fe cristiana entre los ex-adoradores de Huitzilopochtli:

“... y se confiesan (los indios) cada año, y algunos de los que tienen más conocimiento de nuestra Fe, se comulgan. Y demás desto, tienen sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces, y candeleros, y ciriales, y cáliz, patenas, platos, unos chicos y otros grandes de plata, e incensario, todo labrado de plata. Pues casullas, capas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comúnmente de terciopelo, damasco, y raso, y de tafetán, diferenciados en los colores y labores, y las mangas de las Cruces muy labradas de oro y seda, y en algunas tienen perlas... Pues campanas, las que han de menester, según la calidad que es cada pueblo. Pues cantores, de capilla de voces bien concertadas, así tenores, como tiples, y contraltos, no hay falta: y en algunos pueblos hay órganos, y en todo lo más tienen flautas, y chirimías, sacabuches, y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la vieja, como hay en esta provincia... Y es para dar gracias a Dios, y cosa muy de contemplación, ver, como los naturales ayudan a decir una Santa Misa... Saben todas las Santas oraciones en sus mismas lenguas... Cuando pasan cabe un santo, altar, o cruz, abajan la cabeza con humildad, y se hincan de rodillas, y dicen la oración del Pater Noster, o el Ave María...”⁵⁷.

La rápida difusión del cristianismo prueba que la antigua creencia era, para los indios del Valle, sólo la cáscara brillante de algo ya espiritualmente, internamente, muerto. Y no sólo muerto sino repulsivo en su frío y desorbitado horror.

La aversión al sacrificio humano es posible y probable no se limitara a los pueblos sometidos, sino germinase también, aunque en menor escala, entre los mismos aztecas.

Pues el espectro del asesinato ritual amenazaba aún las vidas de los mexicas. En primer término, por cuanto no siempre (pese a ser ello la regla general) las víctimas eran extranjeros: por ejemplo, los sacrificios que exigían o admitían esclavos o niños, tenían que recaer sobre personas de raza azteca. Y luego, porque los enemigos de los aztecas, por venganza y emulación, respondían a las matanzas con matanzas y a las refinadas sevicias con sevicias igualmente refinadas. De

⁵⁷Vaillant, op. cit., XV, p. 251.

Otro testimonio de la rápida conversión, en López de Gómara, *Historia de las Indias*, parte II^a, pp. 423 y ss.

este modo, en una batalla, la sombra del "téchcatl" planeaba sobre ambos ejércitos.

Por otra parte, la "degradación social" que experimentaban quienes no capturaban víctimas, y que vimos más arriba (4, C), tuvo que engendrar sordas animosidades clasistas. Hay señas de que la revuelta que terminó con la destitución y la muerte de Moctezuma II y el entronizamiento de Cuitláhuac, fue en buena medida una guerra social.

Para concluir, hay un elemento, tal vez el principal, que era idéntico en mexicas y no-mexicas: la repulsión ética a la estúpida y continuada matanza ritual, sobre todo desde que ella perdió, con el engrandecimiento azteca, su carácter esporádico, para adquirir un ritmo desenfrenado. Al respecto, es inútil hablar vaguedades sobre el "carácter indio" y el "mundo mágico" en que habrían vivido los mexicas, para pretender que consideraban el sacrificio una cosa lógica: la naturaleza humana es esencialmente idéntica y así como el asesinato ritual, desde que se hizo elefantiásico, engendró reprobación en Tezcoco, Cempoal y Tlaxcala, debió engendrarla si bien menor en Tenochtitlán. Por cierto, tal reprobación se ocultaba como una herejía en el fondo del alma, y no prosperaba mayormente en las castas guerreras y sacerdotales, que vivían del sacrificio, pero su existencia —a la luz de los antecedentes anteriores— parece verosímil.

Entre los augurios que anunciaron a Tenochtitlán la próxima ruina, es decidora la visión experimentada por un cautivo que esperaba el "techcátl". Mientras el infeliz lloraba su destino, tuvo una aparición, que le ordenó "dijese a los sacerdotes . . . que muy pronto cesaría su sacrificio y derramamiento de sangre, por cuanto ya venían cerca los que lo habían de prohibir y mandar en la tierra"⁵⁸. Esta tradición mexicana confirma la tesis expuesta.

Con Moctezuma II la decadencia azteca enraizada en el sacrificio humano, caminó a pasos agigantados . . . aunque de puntillas bajo un exterior refulgente.

El poder del "Uei Tlatoani" se hizo más absoluto y más cruel; las castas guerreras y sacerdotales que hasta este instante —según explicamos— eran abiertas al mérito, comenzaron a cerrarse, a transformarse en oligarquía, aumentando así la tensión social entre los mismos aztecas.

El ritmo del sacrificio humano adquirió caracteres aterradores.

⁵⁸López de Gómara, *Historia de las Indias*, Parte II^a, p. 269.

Día tras día, noche tras noche, se abatía el puñal de obsidiana y crepitan las hogueras de Xiuhtecutli, el Viejo Dios del Fuego.

El Valle era un hervidero. Las intrigas de Moctezuma II se dirigían contra sus mismos aliados: a la muerte de Netzahualpilli, rey de Tezcoco, por ejemplo, el monarca tenochca tomó el control de la ciudad amiga, a través del nuevo rey, su sobrino Cacama. Se granjeó así un adversario implacable: el príncipe tezcocano Ixtlixóchitl, que sería valioso aliado de Cortés.

Las revueltas de los pueblos sometidos se multiplicaban: la "Triple Alianza", dominada por Tenochtitlán, acudía a uno y otro punto del Imperio a sofocarlas con feroz regocijo. Cada victoria dejaba una estela de sacrificios (ya dije que sólo de Oaxaca fueron arrastradas al "téhcatl" doce mil víctimas), odios y aspiraciones a la revancha... Poco antes de llegar los españoles, estallaron y fueron aplastadas rebeliones en Colxtlahuacán, Zozolán, Tototepec, Tequantepec, Yopitzinco, Oaxaca, Tlachquiahco, Malinaltepec, Iztaclalocán, Tlacotepec, Izquixochtitepec... Numerosos caciques rebeldes —v.gr. Zetecpatl, de Colxtlahuacán; Nahuixochitl, de Zozolan y Malinal, de Tlachquiahco— perecieron en el tajón.

La tensión había alcanzado su punto crítico.

Los mismos presagios de que se habla en otra parte (2, C), indican que la crisis "estaba en el aire"; que la intuición preveía el final de un Imperio amasado en sangre. El espacio estaba lleno de lamentos de mujer: "¡Oh, hijos míos, ya estamos a punto de perdernos! ¡Oh, hijos míos! ¿a dónde os llevaré?". "Ya es acabado tu término", susurraban las apariciones al emperador.

Hasta que un humilde "macehualli" trajo a Moctezuma II la extraña y terrible noticia: "en sierras o cerros grandes, que andaban de una parte a otra", habían llegado a la costa hombres nunca vistos, pálidos y barbudos. El Imperio entraba en agonía.

5.— MUERTE DE UN IMPERIO.

Setenta y cinco días duró el sitio final de Tenochtitlán.

Los asediados lucharon como héroes. Desoyeron las súplicas de Cortés, que ansiaba evitar la bella ciudad fuera destruída, y ésta fue arrasada hasta los cimientos.

Los aztecas perecieron a miles. El hambre (de la que ellos mismos se burlaban, arrojando a los sitiadores tortillas de maíz), el incesante batallar, la artillería, los incendios y las pestes diezmaron implacablemente el ejército mexica.

Reducidos a un sector cada vez más pequeño de la urbe, continuaron combatiendo con fiera desesperación. Un mar de cadáveres insepultos los rodeaba; su hedor casi impedía respirar.

El estruendo de la batalla, ensordecía. Mezclaba el tronar de los cañones a los alaridos aztecas y a su música guerrera: tambores que retumbaban sordamente, bramidos ronco de las trompas bélicas.

Hombres y mujeres luchaban codo a codo: “que tan buena pedrada daban ellas como ellos”.

De vez en cuando, lamentos desgarradores rompían el estoicismo indio: “Si eres hijo del sol —gritaban a Cortés— y el sol en tanta brevedad, como es un día y una noche, da vuelta a todo el mundo... ¿por qué no nos acabas de matar así, brevemente, y nos quitas de pesar tanto?”⁵⁹.

Por último, el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito Mártir, Cuauhtémoc fue capturado. Al instante, cesó la lucha y se hizo silencio, un silencio tan opresivo como el estruendo anterior. Llevado a presencia de Cortés, el “Uei Tlatoani” dijo: “Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más... toma luego ese puñal que traes en la cinta, y mátame luego con él”. “Y lloraba muchas lágrimas con sollozos”. “Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor”... lo cual, por cierto, no fue obstáculo para torturarlo poco días después⁶⁰.

Mientras se desarrollaba esta escena, desfilaban los vencidos: hombres, mujeres y niños escuálidos, amarillentos, fétidos... Los españoles buscaban mujeres y oro; sus aliados indígenas, carne humana para la opípara cena de la victoria. Llovía interminablemente. El Imperio Azteca había muerto.

Nunca más Tenochtitlán refulgiría como una joya —roja, verde, blanca— en el engaste azul del lago. Nunca más llegarían a ella miríadas de canoas, como bandadas de pájaros. Nunca más resonaría en el mercado de Tlatelolco la alegre voz del pueblo azteca... libre, orgulloso, triunfal. Nunca más bailarían los mexicas acompasadamente en las plazas sagradas, majestuosos y solemnes en sus mantas ricas, sus tocados de plumas tropicales y sus ornamentos de ámbar y jade. Nunca más cantarían sus melancólicos poetas; ni sus lapidarios tallarían delicadas

⁵⁹López de Gómara, *Historia de las Indias*, Parte IIa. p. 264. Cortés, “*Cartas*”, IIIa. p. 220.

⁶⁰Bernal Díaz, CLVI. Los indígenas llamaban “Malinche” a Cortés por su amante la famosa india Marina, de Tabasco.

formas en cristal de roca ni en piedra verde; ni desplegarían sus plumas maravillosos mosaicos multicolores. Nunca más sus astrónomos vigilarían los cielos, ni darían la señal para los trabajos agrícolas. Nunca más los pintores de códices ornamentarían el papel de magüey... ¡Nunca más se levantaría esa cultura tan rica y variada!

Pero tampoco, nunca más, el siniestro tambor llamaría a sacrificio, desde la cúspide del "teocalli". Nunca más las víctimas sollozantes y desnudas, grotescamente adornadas, subirían las escalas arrastradas por los sacerdotes de cabellos apelmazados en sangre. Nunca más relampaguearían los puñales de obsidiana; ni saltarían los cautivos cubiertos de ampollas en las hogueras de Xiuhtecutil; ni humearían los corazones en los jícaras llenas de copal. Nunca más llorarían los infantes conducidos en andas a la muerte. Nunca más los infelices prisioneros atados a la piedra gladiatoria se arrojarían sobre ella, como corderos entregándose indefensos al matarife... ¡Nunca más los dioses despiadados y golosos, untarían sus labios en "chalchihuatl", el líquido precioso, la sangre del hombre!

OBRAS CITADAS

- 1.— Caso Alfonso: *El Pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1953.
- 2.— Cerda Silva, Roberto de la: *Los indígenas mexicanos de Tuxpan, Jal.* Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional de México D. F., 1956.
- 3.— Cervantes de Salazar, Francisco: *Crónica de la Nueva España*. The Hispanic Society of America, Tipografía de la Revista de Archivos, Madrid, 1914.
- 4.— Corona Núñez, José: *Mitología Tarasca*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1957.
- 5.— Cortés, Hernán: *Cartas de Relación de la Conquista de Méjico*. Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1945. Colección Austral, N.º 547.
- 6.— Díaz del Castillo, Bernal: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán... uno de sus Conquistadores*. En Madrid, en la imprenta de don Benito Cano. 4 vols.: I.º (1795); II.º a IV.º (1796).
- 7.— *Diccionario Enciclopédico Espasa*. V. 45.
- 8.— Durán, Diego: *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. 3 vols. México, D.F. Editorial Nacional, S.A., 1951.
- 9.— Garcilaso de la Vega, Inca: *Comentarios Reales de los Incas*. Vol. II, Emecé Editores, S.A., Buenos Aires, 1943.

- 10.— Gonçalves de Lima, Oswaldo: *El magüey y el pulque en los Códices Mexicanos*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1956.
- 11.— Herrera, Antonio de: *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas, y Tierra Firme del Mar Océano*. Editorial Guaraní, Asunción del Paraguay, V. III (1945).
- 12.— Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva: *Obras Históricas. Publicadas y anotadas por Alfredo Chavero*. Ciudad de México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891, 2 vols.
- 13.— Las Casas, Fray Bartolomé de: *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. Ediciones Mar Océano, Buenos Aires, 1953.
- 14.— López de Gómara, Francisco: *Historia General de las Indias. Segunda Parte*. Editorial Iberia, Barcelona, 1954.
- 15.— Madariaga, Salvador de: *Hernán Cortés*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954.
- 16.— Millar, George: *Orellana descubre el Amazonas*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, sin fecha.
- 17.— Molins Fábrega, N.: *El Códice Mendocino y la Economía de Tenochtitlán*. Biblioteca Mínima Mexicana, Libro Mex. Editores, S. de RL, Volumen 30. México, D.F., sin fecha.
- 18.— Morley, Sylvanus G.: *La civilización maya*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- 19.— Prescott, W. H.: *Historia de la Conquista de México*. París, Braine-le-Comte, Imprenta de la viuda de Carlos Lelong, 1872. 2 Vols.
- 20.— Rosenblat, Angel: *La población indígena y el mestizaje en América. I, La población indígena 1492-1950*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1954.
- 21.— Sahagún, Bernardino de: *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Colección Atenea, Editorial Nueva España, S.A., Ciudad de México, 1943. 3 vols.
- 22.— Sejourné, Laurette: *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1957. Breviarios, N.º 128.
- 23.— Soustelle, Jacques: *La vida cotidiana de los Aztecas*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1956.
- 24.— Spengler, Oswald: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una Morfología de la Historia Universal*. Vol. II, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1949.
- 25.— Toscano, Salvador: *Cuauhtémoc*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1953.
- 26.— Toynbee, Arnold J.: *A Study of History, Abridgement by D.C. Somervell*. Oxford University Press, London, 1947.
- 27.— Vaillant, George C.: *La civilización azteca*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1955.

- 28.— Von Hagen, Víctor W.: *The Aztec, Man and Tribe*. New American Library, Mentor Books, New York, 1958.
- 29.— Westheim, Paul *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- 30.— Westheim, Paul: *Arte antiguo de México*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ADMISION Y CONTROL

12 SEP 2003

D. CO

SECC. CHILENA